

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 82
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid, 1,50 pts. trimestre; Año 5
Provincias, 1,60 trimestre; Año 6
Ultramar y Extranjero, Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 20 de Enero de 1910

Núm. 2

Ganarás el pan con el sudor de tu frente.- Jehová.



Todo esto que me dais, os será devuelto allá arriba. El fin

Los hechos

Unos cien capitanes de infantería y caballería se presentaron, vestidos de paisano, en la redacción de la *Correspondencia Militar*, á demostrar á sus redactores que se hallaban identificados con la campaña que estaban haciendo en aquel periódico el diputado carlista Llorens y otros militares en contra del ministro de la Guerra, por la forma en que había concedido las recompensas al Ejército que se batió en el Riff.

El ministro, Sr. Luque, destinó á un castillo á los comandantes que dirigían aquel complot de indisciplina, mandó formar sumaria, cerró el círculo militar, separó del mando al capitán general de Madrid y á dos coroneles del de su regimiento, y la opinión, lo mismo militar que civil, aplaudió aquel acto de correcta y necesaria energía.

Un maurista, que es á la vez capitán de caballería y había tomado parte activa en los sucesos, invocó su cualidad de diputado para no cumplir su deber militar, y el ministro lo envió también á un castillo.

Hasta aquí los hechos.

Los conservadores

Se atribuye á ellos esta manifestación militar para ver si así derribaban al gobierno, como otras veces ocurrió; y aunque ellos lo niegan, la opinión sigue creyendo que dieron el impulso y llevaron la dirección, fundándose:

En que aplaudieron aquella manifestación que á raíz de su caída hicieron los militares en Sevilla, yendo á dejar tarjetas en la Capitanía general, y en que desde entonces acá no han hecho otra cosa que establecer antagonismos entre el Pueblo y el Ejército, y dar á entender á los militares que el gobierno liberal está unido con los revolucionarios de Julio, recorriendo al hacerlo la gama de todas las insidias, desde el chisme hasta la calumnia.

Si al caer, después de haber repetido tantas veces que no les importaba dejar el gobierno, se hubieran mostrado con la grandeza y la dignidad que tan bien cuadran á los vencidos, nadie les daría participación en ese movimiento; pero al ver que desde el punto que cayeron comenzaron á gritar como verduleras borrachas á quien el guardia urbano aparta del puesto que no deben ocupar, y que declaran hostilidad implacable al gobierno, amenazan á cada paso, y ponen condiciones humillantes para amainar un poco en sus procacidades, cuando debieran recibir sumisos las que les impusieran, ¿quién se resiste á creer que ellos han sido los incitadores, directos ó indirectos de esa manifestación colectiva, atentatoria á la disciplina militar?

¿Que lo niegan? Claro. ¿Qué iban á hacer? ¿Declararse autores ni cómplices del acto? Aun habiendo vuelto al poder

por ese medio, tenían el deber de negarlo. Un conservador no puede manifestarse conforme con un acto de indisciplina militar, aun cuando se le pruebe que lo preparó.

Perezca la verdad y sálvese el credo político.

Aplausos

Los merece el gobierno por la energía y la rapidez con que ha procedido; por esto la opinión no ha andado remisa en prodigárselos.

Supongo, por lo tanto, que se habrá convencido de que en esos procedimientos está su salvación, y no en otros. Si los hubiera puesto en práctica desde los primeros instantes de subir, no estarían ahora los conservadores tan procaces y levantiscos.

Continúe obrando energicamente hasta destruir toda la obra reaccionaria. Suprima los organismos que los conservadores crearon para su uso particular, ó modifíquelos, separando desde luego á las personas que pusieron á su frente: la mejor reforma se convierte en mala cuando se encarga de su implantación á un enemigo.

Eche abajo por decreto lo que por decreto impusieron los clericales, ó imprímale el sello democrático á lo que conserve.

Y deshaga, en fin, la obra del gobierno anterior en lo que tiene de tiránica y nefasta, restañando las heridas que al cuerpo nacional causó, y apagando las hogueras de odio que encendió en el extranjero; no sólo porque á eso ha venido a poder, sino por tonificar el organismo liberal, que había caído en una postración terrible.

Animo, pues, y perseverancia, ahora que ya ha podido comprobar que la opinión se pondrá resueltamente á su lado, como ahora, en cuantas empresas viriles acometa.

Y riase de vociferaciones, zancadillas y amenazas de los que sólo podrán volver á levantar la cabeza por la cobardía de los liberales ó las torpezas de los republicanos.

Desapasionadamente

El amor propio unas veces, el espíritu de partido otras, el de secta en ocasiones, nos hacen negar cínicamente ciertas verdades en público; pero á solas, cuando nadie se engaña y no está interesada nuestra vanidad en ir contra la evidencia, no tenemos más remedio que inclinar la cabeza y darle la razón al que la tiene.

Sostenemos que la buena educación, el trato con personas religiosas, y la concurrencia á los templos, no son precisamente signos de honradez, y nos abrumamos los casos en que se pulveriza esa teoría.

Pero esto, repito, es cuando hablamos

en público ó cuando para el público escribimos; cara á cara con nuestra conciencia, no tenemos más remedio que reconocer lo que vemos y tocamos todos los días, esto es: que una educación esmerada, la asistencia á misa, rosarios y novenas, el confesar y comulgar á menudo, el frecuente é íntimo trato con personas eclesiásticas, bastan y sobran para apartar á las clases elevadas de los vicios que degradan á la canalla hambrienta y andrajosa, haciéndolas refractarias al delito é invulnerables al crimen.

Y como un hecho vale más que cien argumentos, á continuación estampo tres que confirman cuanto he dicho, ocurridos en la última quincena.

Un aristócrata ha sido acusado de estafa por un joyero. Su mujer ha solicitado el divorcio.

Otro ha figurado como protagonista en una causa de adulterio.

Y otro está desde el domingo en la Cárcel Modelo de Madrid, á disposición del juez de Guadix, acusado de monedero falso.

Unanse á los de estos aristócratas los nombres de los que en el Monte de Piedad de Jeréz han cargado con el santo y la limosna, y nos veremos forzados á declarar que las virtudes, la honradez y cuantas cualidades dignifican y ensalzan al hombre hecho por Dios á su imagen y semejanza, son patrimonio exclusivo de esas clases elevadas que se educan con los jesuitas, confiesan, comulgan, protegen á curas y frailes, profesan ideas conservadoras, y cuando llegan sucesos como los de Barcelona, piden implacables y frenéticos las cabezas de los que, hartos de desigualdades é injusticias, tratan en una semana de reparar iniquidades de muchos siglos.

Aprenda la canalla, aprenda de tan excelsos señores la manera de respetar las bases fundamentales en que descansa toda sociedad bien constituida: *familia, propiedad, orden y religión*, y volveremos pronto á aquellos tiempos prósperos y benditos en que había dos reyes en España: Fernando en Madrid y José María en Sierra Morena; bases puestas hoy en entredicho por las escuelas laicas y por los *anarquizantes intelectuales*, cada uno de los cuales se jacta de ser más honrado y más digno que la turba de asalariados de la pluma, ¡miserables renegados del Pueblo!, que corean por un mezquino mendrugo á esas clases elevadas cuyos antepasados deshonraron á sus madres, ahorcaron á sus padres y quemaron á sus hermanos, y que hoy, unidos á los frailes que se aprovecharon de aquellos crímenes, los justificaron y los absolvieron, piden el exterminio de las masas cuyo único delito es tener hambre y pasar frío, porque no estafan joyas, ni fabrican moneda, ni se llevan millones de los Montes de Piedad...

Y cuando la canalla haya aprendido eso y lo practique, entonces y sólo entonces, merecerá y alcanzará los aplausos de las clases conservadoras.

JOSÉ NAKENS

El delito de "delación" (1)

La revolución de Barcelona ha puesto en evidencia el purulento grano dejado por la *maffia* inquisitorial en la conciencia española: el prurito de la delación calumniosa.

El último caso referido por la prensa es el de Eduardo Malet Casanovas, procesado por delación del policía Moreno, que otra vez afirma haber «tenido confianza de persona que no quiso nombrar», de que el acusado había tomado parte en las barricadas del 27 de Julio. La causa se ha visto en Enero; cerca de medio año después del hecho.

Por toda acusación hanse hallado los testimonios de una Antonia Berbis y una Rosa Ferrer. Cuál sería la declaración, que el mismo Fiscal no vió medio de sostener la acusación. El procesado fué libertado.

Este hecho deja este gravísimo cargo: «un ciudadano ha estado preso y procesado durante cinco meses, por un falso testimonio de dos mujeres que al mentir pasan á ser mujerzuelas, y por delación de un policía que afirma haber recibido confianza de persona que no quiere nombrar».

Estos hechos se han repetido con escandalosa frecuencia.

¿Quiénes son esas personas que no osan presentarse ante el tribunal? ¿Qué razones *inversas* hay para que pongan en un policía la confianza que no le merece el magistrado? ¿Qué criterio autoriza al policía para llevar el secreto profesional al juicio? ¿No y no! El secreto policiaco no se ha establecido para esto. La delación, en tal forma, es nula como anónima y no puede hacer la menor fe contra nadie. Ante una confianza secreta, la policía y el juzgado no pueden hacer más que tomar las precauciones legales y prudentes que reclama la delicadeza social para evitar la fuga ó impunidad posible del reo posible, sin tener derecho á molestarle, hasta que mejores indicios y pruebas corroboren la verdad de la delación.

La palabra del policía no puede dar efectividad personal á un anónimo: el policía puede ser un impostor, un alucinado, un iluso, habitual ó accidental; y si él garantiza la personalidad anónima, él se hace responsable personal de la delación y queda sujeto á todas las consecuencias.

El honor y tranquilidad de los ciudadanos puesto en jaque por este sistema inadmisibles y vergonzoso, reclama una urgente medida del Estado. Contra este abuso sólo están libres de la prisión los empleados y familiares del Estado, capaces de habérselas con un policía: el resto del pueblo queda sometido á este procedimiento no admitido siquiera por la barbarie romana, ni aun por la misma Inquisición. Y el remedio ha de ser radical y severo, á proporción de lo deshonroso del hecho.

¿Quién indemniza á Eduardo Malet y á los demás acusados en falso, los daños de cinco meses de prisión?—¿Quién?... El autor del daño es el sistema judicial, y este sistema tiene un representante responsable: el Estado.

Urge con urgencia improrrogable

crear una ley dura para el Estado, que imponga á éste la indemnización de daños y perjuicios inferidos injustamente: no basta una sentencia de absolución. Y urge tomar severas medidas sobre la responsabilidad de los jueces ante el Estado, para evitar aquellos daños. De otro modo, el Estado español y la justicia española se hacen insolventes. Este derecho rige hace tiempo para los extranjeros de naciones fuertes y exigentes con el respeto debido á sus nacionales; España ha pagado por este concepto algunas indemnizaciones.

¿Es que hay tres derechos en España, uno para los favoritos del Estado, exentos de la autoridad, ó cuando menos del atropello; otro para los extranjeros, no exentos del atropello, pero con opción á la indemnización; y otro para el *pueblo español*, que paga estas indemnizaciones á los extraños y el sueldo á los funcionarios públicos, sometido al atropello impune, siendo expulsado del respeto legal de los jefes y de la indemnización de los otros? ¡Cuánta vergüenza!

¶ Pero, sobre todo, urge incluir en el Código el delito especial de *falsa delación*, como delito de *leso-pueblo*, imponiendo á los tribunales el cargo de perseguirlo de oficio. Hay que acabar con esta delincuencia y criminalidad jesuítica. Ante el Estado español vale tanto el honor de Eduardo Malet como el del Papa José Sarto, como el del jesuita Coloma y como el del marqués de Comillas. El atentar contra él, por ser indefenso el sujeto y por ser pobre, exponiéndole á una prisión generadora de males graves en su salud, en su moralidad y en su familia, da á la delación un carácter marcadamente criminal.

Declaramos hecha esta petición al Gobierno liberal y al Tribunal Supremo; y para su caso, la remitimos como cargo en la cuenta de las minorías democráticas en las Cortes.

Hay que condenar al Estado á indemnizar perjuicios á los dañados por su mala organización; tiene obligación de ser justo, y es responsable de sus injusticias. Hay que hacer efectiva esta responsabilidad, dando á la ley efectos reactivos.

Sí: esta *Deuda* del Estado es tan sagrada como la otra: es *Deuda con el Pueblo*.

R. MAYOL

Enero 1910.

¡Bendito Dios!

Se ha inundado á Meca, y han perecido ocho creyentes en los alrededores.

Lo mismo que aquí: se inundan los templos, ó los parte un rayo, y los fieles sucumben, dentro y fuera de las iglesias, sin que les valgan jaculatorias.

Y lo mismo les sucede á los adoradores de todos los dioses... «Mi Dios por aquí, mi Dios por allá; sobreviene una catástrofe ó un cataclismo, y todo dios muere por la misericordia de Dios.

¡Sea todo por Dios!

Reunión de rabadanes

En Bayona (Galicia), van á elevar un monumento de 96 metros de altura, don-

de culminará una Virgen colosal, que tendrá á guisa de faro una lámpara con proyector el c rico suficiente para iluminar diez kilómetros del mar á cuya orilla ha de emplazarse. A la ceremonia, que será solemne, asistirán cuatro obispos y multitud de curas con doscientas cruces parroquiales.

Me explicaría ese faro, si la Virgen irradiase de sus ojos la luz, por ser ella quien es; pero encomendándose esa misión á la electricidad, lo mismo hubiera dado colocar sobre el monumento la efigie de Lucifer, ó la mía. Y si no hágase la prueba.

Los que van á irradiar luz (dinero en flamenco) sobre los obispos y curas que concurran al acto, son los infelices creyentes de la comarca y aun los de toda Galicia. Como dijo el profeta Meolías, reunión de clérigos, estremecimiento de bolsillos.

PROGRAMA

de acción católica dado por los obispos españoles.

La unión de los católicos se propone, por ahora, sin perjuicio de lo que acuerden los prelados en adelante:

1.º Que se restrinja la tolerancia religiosa, prohibiendo severamente las manifestaciones públicas de cultos disidentes que se dan en lugares abiertos al público, y que se prohíba con rigor cualquiera escuela no católica.

2.º El apoyo eficaz del Gobierno para que los obispos impidan la circulación de malos libros y textos.

3.º Libertad académica de enseñanza en favor de la Iglesia, sin sujeción á Centros oficiales docentes.

4.º Que la instrucción en las Universidades, Colegios, Seminarios y Escuelas públicas ó privadas de cualquiera clase, sea en todo conforme con la Religión católica, y que los obispos puedan velar eficazmente sobre esta prescripción.

5.º Que los templos y demás lugares sagrados no sean allanados sin previo permiso de la autoridad eclesiástica.

6.º Que las personas eclesiásticas no puedan ser castigadas corporalmente, por la autoridad civil, ni citadas á los Tribunales sin previa venia de su prelado, ni obligadas á prestaciones ó oficios serviles y bajos, y que se cumpla el acuerdo que restablezca el fuero eclesiástico, como se restableció el fuero militar.

7.º Exención de servicio militar para los clérigos tonsurados que cursan en los Seminarios hasta que hayan cumplido veintisiete años, como en Alemania; exención absoluta para los ordenados *in sacris* y profesores en Orden religiosa aprobada.

8.º Que se admita en los Tribunales las demandas fundadas en esponsales al tenor de lo decretado por la Sagrada Congregación del Concilio; que el matrimonio canónico produzca siempre efectos civiles, y que para los no católicos sólo se permita el contrato civil como subsidiario, previa justificación de su profesión religiosa que date de un año antes, por lo menos.

9.º Que cumplidos los años de la pu-

(1) Nota de la R.—En el proceso de que se habla en este artículo ha sido defensor el pundonoroso militar y heroico ciudadano capitán Gauceras.

bertad puedan los jóvenes de uno ú otro sexo ingresar libremente en cualquiera Orden religiosa aprobada por la Iglesia.

10. Que los obispos puedan por sí mismos obligar á los testamentarios al cumplimiento de los legados píos, con independencia de cualquiera autoridad civil.

11. Que se proscriba y prohíba cualquier Asociación no católica conforme con la moral cristiana, y que los jueces de la doctrina lo sean de esta conformidad.

12. Que se prescriba y sancione el descanso en los días festivos, se reglamenten las tabernas, se prohíba el juego y se castigue la blasfemia y la venta y exhibición de escritos y estampas obscenas.

13. Que se derogue el real decreto sobre capellanías de sangre.

14. Que se eximan de una vez y claramente de la desamortización las casas y huertas rectorales.

15. Que no se ingiera el Gobierno en la administración de los bienes de las iglesias.

16. Que se permitan las exequias de cuerpo presente como previene la liturgia, y se practica en todas partes.

17. Que se les permita contribuir en forma distinta del reparto municipal.

Al Patriarca de las Indias

Señor Patriarca: Lleno de asombro acabo de leer el «Programa de acción católica» propuesto á los españoles como Bandera católica, y al concluir su lectura heme dicho lleno de estupor: ¿es posible que en mi Patria el Episcopado haya perdido hasta este punto la brújula cristiana que ya ni de las formas se cuida, ni de velar las intenciones, y que con todo impudor levante como bandera de Cristo el estandarte franco, radical y descarado del Antecristo? ¿Será posible que los Poderes Públicos no se alarmen y no residencien á ese Episcopado, obligándole á probar ante la conciencia del Pueblo, á cual unos y otros se deben, la ortodoxia cristiana de este plan de acción en donde no se halla el menor indicio, sombra, reminiscencia y dejo del espíritu cristiano?...

Y, sin embargo, ello es así por negra fatalidad: ya no sólo huyó el espíritu de Cristo de la Iglesia, sino que ésta ha levantado franca bandera contra El. Y así como la Inquisición, en su odio y furor indomables, al ver huida de sus manos la víctima fabricaba la efigie para darse en su ilusión el placer de presenciar su muerte, así ahora, al ver huido el espíritu de Cristo cuyo nombre y crédito necesita explotar, fabrica efigies que no puedan huir, les pone el nombre de Cristo-Jesús, y las hace presidir en el altar de sus bacanales anticristianas y toma el crucifijo de pantalla religiosa para las orgías de su impiedad.

Estoy asombrado, señor Patriarca, del ilusionismo humano, capaz de hacer sentir invertidas las cosas y de trastornar las leyes todas del conocimiento y de la sensibilidad humana. Esta inversión y trastorno, se están verificando en la Iglesia española á quien, con suma razón, podemos aplicar la frase de Mæterlinch en Monna Vanna: «Tout y est travesti avec une habilité si perfide que j'en viens par instants á douter de ma propre innocen-

co (1).» Si estamos de lleno en los tiempos (y hace ya tiempo) previstos por San Pablo:

«En los postreros días vendrán tiempos peligrosos: que habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, detractores, desobedientes á los padres, ingratos, sin santidad, sin afecto, desleales, calumniadores, desatendidos, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, arrebatados, hinchados, amadores de los deleites más que de Dios; teniendo apariencia de piedad, mas habiendo negado la eficacia de ella. Porque de estos son los que se entran por las casas, y llevan cautivas las mujercillas cargadas de pecados, llevadas de diversas concupiscencias; que siempre aprenden, y nunca pueden llegar al conocimiento de la verdad. Y estos resisten á la verdad; hombres corruptos de entendimiento, réprobos acerca de la fe. Mas no prevalecerán; porque su insensatez será manifestada á todos, como también lo fué la de aquellos.» (2)

He aquí el magistral retrato hecho por San Pablo del Episcopado vigente, tal como aparece del «Programa».

¿Cuál es la aspiración del Episcopado español? Ahí se ve, de cuerpo entero, en

todos sus rasgos: no aspira á evangelizar el pueblo, á cual labor nadie ha puesto cortapisas ni á cristianar los hombres y las naciones: aspira sola y exclusivamente al Monopolio, al Privilegio, á la Supremacía, á la Propiedad y á la Tiranía: es la inversión completa, total y radical del programa de Cristo, hecha en nombre de Cristo. Pero esta inversión no pasará sin protesta y sin que se oiga en España el grito de Traición.

Este pueblo de mártires, este pueblo soldado del cristianismo, este pueblo donde florecieron las bellas almas de Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, tiene derecho á oír la verdad y á ver desnudada la impostura religiosa; y á los ojos de ese pueblo pongo de manifiesto la Bandera del Antecristo, contenida en el «Programa» y la Bandera de Cristo, sellada con su sangre en el Calvario. He aquí en parangón ambos programas:

PROGRAMA DEL ANTECRISTO

Monopolio del templo y de la enseñanza y secuestro de la conciencia.

Religiosidad impuesta, real ó simulada. Sacerdocio indicado por los obispos. Extensión de la propiedad clerical. Consagración de la propiedad del clero. Jerarquía arbitra de la ley y de la justicia. Corso privilegiado para explotar bodas, entierros, cultos y testamentos. Acaparamiento de riquezas y poder. Viva la Bolsa del clero! Abajo el anticlericalismo! Por esto triunfo en los Estados y tengo la alianza de los poderosos y quemó vivos á mis herejes. Así dominé y envejecí y des Cristianicé los pueblos.

PROGRAMA DE CRISTO

Templo universal, espiritual y libre, y sinceridad de conciencia.

Religión de espíritu y de verdad. Sacerdocio universal. Comunidad y entrega de bienes. Reprobación de la propiedad religiosa. Supremacía de la equidad sobre la Ley. Expulsión del mercantilismo religioso y condena de la rapacidad clerical. Renuncia de bienes y renuncia de autoridad. Abajo los mercados del templo! Abajo el clericalismo! Por esto fui crucificado por los Estados y á lado de los pobres. Así redimí, liberté y engrandecí los pueblos.

Ahí están en parangón, punto por punto, los programas. TODO AQUELLO es lo único que escribe como sustancial el «programa» del Episcopado. SIN ESO Cristo no habría muerto; SIN ESO no sería Cristo; eso es, pues, la esencia del cristianismo, el alma de Cristo, el espíritu suyo personal y característico.

Y siendo Cristo el mismo ayer, hoy y en todos los siglos, al igual que se levantó contra la prostitución clerical del Rabinismo de Jerusalén, rebelándose contra su institución divina, contra su consagración oficial y contra su autoridad histórica, de igual modo su espíritu se levanta contra el Rabinismo romano, á pesar de su privilegio legal, su autoridad histórica y de consagración secular.

¿Llamáis cristiano ese programa? Con esto habéis completado el anuncio profético: el espíritu del Antecristo se ha infiltrado en la efigie artificial de Cristo, y con esto, la Iglesia ha logrado hacer adorar la persona del Antecristo en la imagen de Cristo.

Por esto pedís el monopolio de la prensa, de la enseñanza y del templo, para que los cristianos que sientan y descubran el engaño no puedan divalgarlo ante el pueblo, y éste continúe sometido á la impostura. Por esto pedís el privilegio y poder de la ley, porque habéis perdido la fe en la fuerza de vuestras doctrinas insostenibles; por esto pedís el monopolio del culto y el acaparamiento de riquezas, para no dejar al sentimiento religioso más válvula de expansión que vuestro conducto, para seducir con la magnificencia de las ceremonias y el ruido de los órganos los ojos y oídos del pueblo hambriento de verdad y de santidad. Por esto pedís exención de fuero, para

que la justicia no pueda descubrir las inmundicias secretas, y no pueda castigar vuestros crímenes; por esto, en nombre del Cristo violado por todas las leyes, tribunales y poderes, con cuya violación redimió al hombre, pedís la inviolabilidad del Antecristo, con la cual y sólo con ella puede envilecer y degradar al linaje humano.

Cristo violado frente á frente del Antecristo inviolable.

Cristo crucificado en frente del Antecristo fusilador.

Cristo cargado con la Cruz frente al Papa llevado en silla gestatoria oreado por el abanico sagrado.

Las banderas no pueden ser más claras; los ejércitos no pueden estar mejor definidos.

Contra el CLERICALISMO ANTICRISTIANO se levanta el CRISTIANISMO ANTICLERICAL.

Vosotros tenéis secuestrada la efigie de Cristo que habéis fabricado á vuestro antojo; nosotros tenemos su espíritu desnudo, libre é insecuestrable. ¡A la batalla! ¡Alea jacta est! Ya ha corrido la sangre.

Pero ¡apóstoles de las tinieblas! Sabed que el faro del Evangelio que no habéis podido apagar, lanzará sobre vosotros su foco penetrante, y pondrá al transparente el esqueleto anticristiano de vuestras apariencias cristianas. Y el pueblo español abrirá los ojos, á pesar de las vendas de vuestros artificios y arrojará de esas efigies el espíritu que habéis infiltrado en ellas.

UN DOCTOR MODERNISTA

El catolicismo en fuga

El adagio «Roma veduta fede perduta» está muy acreditado entre los raposos de la teología. Ya ocurría lo propio en tiem-

(1) Tan pèrdua y hàbilmente se hallan traspuéstas las cosas, que poco á poco llevo á dudar de mi propia inocencia.

(2) Tim. II.

po del paganismo: el mejor impio suele ser el sacristán. A los santos y á los dioses les ocurre lo que á los políticos; «no hay ninguno grande para su ayuda de cámara».

A medida que el mundo se ha ido romanizando, ha ido perdiendo la fe; pero toda la fe: en el Papa, en Cristo, en Júpiter y en Jehová; en todos los dioses que el Papado amalgamó y explotó. Puede decirse que el Papado ha sido el devorador de todos los dioses: por donde pasa el romanismo no queda raíz de idea alguna religiosa. Pero antes de devorarlos, los deshonoró é infamó. ¡No ha deshonrado mal á la casta Venus y al inofensivo Baco! ¡No ha dejado mal pegote sobre la historia del Evangelio con sus teas incendiarias, sus puñales inquisidores y el sagrado veneno jesuita!

Cuando ha devorado un dios, inventa otro. A Cristo el varonil, le ha opuesto el gomoso Corazón de Jesús. Cuando ambos estén deshonrados, inventará otro: el diablo, por ejemplo. Su único dios verdad, parece que es Baal, el *becerro de oro*, ó sea la barriga pontificia. Esta frase, que parece vulgarota, es divina; el Espíritu Santo la inventó y la Iglesia la conserva en latín: «*quorum Deus venter est.*»

En Europa el *vientre pontificio* está royendo ya los huesos. Primero perdió las propiedades rústicas y urbanas por aquello de las *manos muertas*; después perdió el fuero clerical, incluso el derecho de siervos y de perrada: luego perdió los diezmos, y por fin va perdiendo el presupuesto. El negocio se acaba; Roma lo liquida todo y de prisa; hace almoneada general; se desacreditó el negocio del Papado-Pobre, é inventó el negocio del Papado-Novio. Bodas de plomo, de estaño, de cobre, de hojalata, de corcho, de oro, de diamante; bodas de la coronación, del episcopado, de la primera misa, de la primera comunión, de los primeros pantalones, de la primera vez que dijo *papá*, de cuando dijo mamá... de cuando hizo pipi, del nacimiento, del último mes, del quinto, de la concepción, de las bodas de los papás, etc., etc., etc. Aquí se venderá hasta la peluca de la abuela.

Este negocio está llegando á su término. Las órdenes religiosas, convertidas en antenas del Vaticano, son expulsadas de Francia; de un día á otro lo serán de Portugal, de Bélgica, de España y de Italia...

¿A dónde irá el Papado? ¿A la Isla de Malta, que le ofrecieron los ingleses, ¿á Mallorca que le ofreció España, ó á Santa Elena, ó á la Isla del Diablo que le cedería Francia?

¡Pobre Papa! ¡El, tan ambicioso que hallaba pequeño el mundo! ¡El, rey de reyes, preparando la maleta de bohemio!

¡Quantum mutatus ab illis...!

En Europa, más tarde ó más temprano, le darán el pasaporte á Su Santidad. En América no hay que pensar: allí el becerro de oro no necesita pontífices. En Asia el señor Dalai-Lama, que las sabe tan largas como el Pontífice Romano. En África están los Vicarios de Mahoma, á

quien no se la da ni con alfiler el propio San Pedro. En Oceanía, hace calor...

¿Adónde irá el Papado con su colección zoológica de jesuitas, dominicos, cardenales y demás bipedos plumas é implumes? Ya lo ha pensado: á Rusia y á Turquía.

En Moravia han celebrado el Congreso de unión de las *iglesias cristianas* de Oriente y Occidente: Dios los cria y el diablo de la contabilidad los junta. Estas iglesias antiguamente fueron una sola. Ocurrió lo que en los matrimonios perversos: sobre sí el obispo de Roma era más que el de Jerusalén, ó si era menos, vinieron á las lenguas, arma de las víboras, y luego á las garras, y se han pasado mil años excomulgándose y echándose al infierno una iglesia y la otra, cada cual por su lado. Ridiculizados ante el mundo y acabadas las *gracias* y la *sal* de sus gentilezas, ambos cónyuges entran en reflexión y tratan de hacer las paces por aquello de «más fácil es hacer una casa de dos, que dos de una.» El pretexto que invocan es una frase de Cristo: «un solo rebaño, un solo Pastor» (entiéndase un solo esquilador y un solo matadero.)

Para el divorcio les sirvió otra frase de Cristo: «las ovejas por un lado y los lobos por otro.» Si antes dijeron verdad, no se trata de un solo *pastor*, sino de un solo lobo. Si es que mintieron, de igual modo que mintieron antes, pueden mentir ahora.

Si fueron lobos los congregados, preparen el pellejo las ovejas: y si fueron pastores... lo dice el adagio: «concejo de rabadanes, oveja muerta.»

Y siendo cosa de los jesuitas este Congreso, no hay más que decir: ni los resuellos quedarán.

Para este viaje de la unión, no hacían falta las alforjas de tantas excomuniones. ¡Farsa, farsa y negocio!

CÉSAR + CARDENAL BORJA
fundador del Estado Pontificio.

CELSE ROMANO ZUGARRONDO

Ha muerto en Salamanca este prestigioso republicano.

Abogado de renombre, gran corazón é inteligencia preclara, lega á sus hijos un apellido honroso y á los republicanos un alto ejemplo que imitar de abnegación, sacrificios y modestia.

Fué enterrado en el cementerio civil, consecuente con las ideas anticlericales que siempre profesó.

Reciban sus hijos mi pésame, y enorgullecáanse siempre de haber tenido tal padre, como yo de haber tenido tal amigo.

Lo divino en quiebra

Hace días dije que habían fracasado todas las religiones.

Y ahora añado, que no sólo han fracasado las religiones, sino también los dio-

ses, empezando por el propio Jehová. ¿Pruebas? A éstas me remito, sacadas de la propia Biblia, libro de *narraciones verdaderas*, según los protestantes.

Creó los ángeles, y se le sublevaron; creó al hombre, y le desobedeció; anegó el planeta para castigarlos, y el que eligió como el más perfecto, tomó al salir del arca una borrachera tan fenomenal, que se burlaron de él hasta sus propios hijos, y á partir de aquel día cometieron los hombres tales barrabasadas y se encenagaron de tal manera en toda clase de vicios, y perpetraron tales crímenes, que Jehová se vió obligado á enviar aquí á su hijo, para traerlos al buen camino y redimirlos y salvarlos. ¿Y qué sucedió? Que se lo prendieron, se lo azotaron, se lo crucificaron y tuvo que llevarse á su lado otra vez.

¿Mejoró el mundo por esto? En modo alguno. No hay más que oír hoy mismo á los que se dicen guardadores de la doctrina de Cristo, para saber que nunca estuvo peor. Y francamente, si esto no es fracasar, que venga Dios y lo vea.

Bibliografía

La Revolución de Barcelona.—Con tal título ha publicado su primer folleto la *Biblioteca Acción*, debido á la pluma de José Comaposada.

Es una serena exposición comprimida de los hechos ocurridos principalmente en la ciudad condal, aclarando algunos puntos intrincados de aquella semana trágica, y señalando los principales que no debe perder de vista la opinión.

Merece singular atención el relato de «El hombre del Terrado» y el «Sangriento Epílogo», que dejamos anotados para cuando debamos emitir juicio acerca del conjunto de aquella tragedia.

Difícilmente puede hacerse en tan corto número de páginas mejor enumeración de hechos y más atinadas observaciones; el Sr. Comaposada ha demostrado con este folleto capacidad para hacer mejor trabajo.

Leopoldo Bonafulla anuncia un libro sobre este mismo tema. El índice es realmente curioso y presenta un estudio bien planeado y documentado.

La conciencia pública reclama que se aclare el misterio de *El hombre del Terrado*. ¿Quién fué ese Duende? El pueblo víctima de su infame fechoría no debe cejar en sus investigaciones hasta aclararlo. Es preciso descubrir al Duende y es preciso aclarar si fueron curas, y quiénes fueron, y si se procedió contra ellos y cómo se procedió, y el por qué del procedimiento. La humanidad no puede darse por satisfecha hasta desentrañar ese misterio; tribunales y gobiernos están en deuda con la conciencia pública mientras no se haga luz completa.

Esta deuda no prescribe con el tiempo. Los radicales de Barcelona podrían abrir un *Centro de información permanente*, encargado de esclarecer primero este punto, y luego otros que puedan servir de base para una revisión general de la tragedia y para fijar y depurar responsabilidades imprescriptibles y que han de hacerse efectivas tarde ó temprano.

R. MAYOL

Proyecto de ley católico

Muchos católicos de Barcelona piensan dirigirse á varias personalidades políticas para pedir una ley especial, como ya lo intentaron hace años, contra todo aquello que directa ó indirectamente aparte á los hombres de la religión católica.

Una ley especial y ambigua, elástica más que la goma; he ahí á los católicos; esa es la Iglesia. Dice que la protege Dios mismo directamente, que la inspira, defiende y asiste el Espíritu Santo, y sin embargo, confiesa que no puede vivir sin leyes especiales, sin la espada, ó mejor dicho, la faja del chulo-Estado que la cubra con su fuerza contra el sentimiento universal.

Católica quiere decir universal; pero ¿qué universalidad es esa que en todas partes se ve representada por exiguas minorías mantenidas gracias al brazo del poder y á viva fuerza, porque si no así, de otro modo no son nadie?

Universal es la ciencia, universal es el arte, cuyos cultivadores jamás han reclamado el auxilio de las bayonetas para su misión civilizadora por todos aceptada. Pero ¿la Iglesia? ¿una institución de puro criterio particular, el más discutible y el menos demostrable?

Después de todo, se concibe esa nostalgia de la hoguera, eterno ideal de represión, porque sin ésta no habría teocracia posible; lo que no se comprende es la frescura de confesarlo con esas peticiones de persecución y tiranía.

Pero ellos lo quieren, y ahí los tenemos de rodillas ante el gobierno á quien maldicen, solícitos de una ley, pero especial. No es mucho lo que desean: la persecución de todo lo que *directa ó indirectamente* pueda apartar á los hombres (se supone que también á las mujeres y á los niños) de la religión católica.

O lo que es lo mismo: reuníos, padres de la patria, en Cortes Constituyentes para votar el artículo 11 de la Constitución, ó suprimirlo, porque la nueva ley que os pedimos no servirá más que para molestar á todo el mundo por sus opiniones religiosas, políticas, filosóficas, artísticas, pedagógicas, jurídicas, científicas, sociales y hasta higiénicas, pues, como es bien sabido, la Iglesia cree y sostiene que en todo eso tiene dominio; todo puede ser herético en esos y en otros y en los demás terrenos si se aparta del criterio de la Iglesia. ¿Qué decimos de la Iglesia? De cualquier obispo ó vicario general ó párroco ó ecónomo que haga una denuncia porque sí.

Decir que los sacristanes apagan mal las luces ó que en las pilas de agua bendita abundan los microbios, será excitar al público á que se aparte del catolicismo. Recordamos que el Índice condenó hace años la obra de moral de un obispo americano sólo porque recomendaba la práctica de lavarse el cuerpo.

¿La Iglesia ve la herejía nefanda en las afirmaciones del socialismo? Pues ya no pueden escribir los socialistas. ¿Cree po-

seer una pedagogía católica, un derecho, un arte y una ética? Pues ya no puede escribir nadie de esas materias más que atendido al criterio eclesiástico.

De derecho no hablemos, porque todo el derecho moderno es herético para la Iglesia; luego los periódicos jurídicos y los escritores de asuntos judiciales, de derecho penal y de sistema penitenciario, serán imposibles ó trabajarán con morosidad.

¿La política? Con decir que la herejía más horrenda y abominable es el liberalismo, aunque sea católico, y cuanto más católico más condenable, está expresado que no podría haber con esa ley más periódicos que los carlistas y los de la Defensa Social; nada hay que más aparte de la religión católica que el liberalismo, según enseñan los católicos del Vaticano.

Pensar en novelas, en colecciones de poesías, en dramas, comedias, género chico ó grande, en cuadros históricos ó con algún desnudo, en caricaturas, en estatuas (la Iglesia condena toda estatua que no sea de santo ó de Papa), sería pensar en coger la luna con los dedos.

En suma, esos católicos piden, por sugestión de los jesuitas, instrumentos del Papa, nada menos que la destrucción de todo el derecho moderno vigente, la proscripción de todo el que no sea ó lo que no sea ultramontano rabioso. Para los liberales, ni agua, ni sol, ni aire respirable.

¡Magnífico! Nos parece bien, tan bien, que de todo corazón nos unimos al ruego de esos católicos, y pedimos al gobierno que lo acepte, preparándole así á Maura el terreno para hacer efectiva á su vuelta esa ley estúpida que adelantaría seguramente un par de años el triunfo completo de la libertad en España.

¡Hermosa, incomparable, sublime ley!

JOSÉ FERRÁNDIZ

A cada cual lo suyo

En el cementerio civil de Budapest penetraron las fanáticas turbas durante la noche y profanaron el cadáver de una infeliz que había expresado su voluntad de ser inhumada secularmente.

Cosieron á puñaladas el cuerpo muerto y lo despedazaron, creyendo que así no podría salir de su tumba y transformarse en vampiro como supone la tradición servia.

¡Oh religión! Tú eres necesaria al hombre... para cometer salvajadas y alimentar creencias erróneas.

Los vampiros no salen de los cadáveres que se entierran civilmente. Si su especialidad consiste en chupar el jugo vital á sus víctimas cuando están vivas, y estrujarlas en los cementerios cuando muertas, ¿quién dudará que salen de los cadáveres de los sacerdotes de todas las religiones, especialmente los frailes de la católica?

El tiro por la culata

Las damas catequistas de Bilbao, que se jactaban de haber conquistado, con

buen fin, á unos cuantos obreros, han tenido un éxito desastroso en su «cristiana» empresa.

Los atracaron de turrón y dulces por Pascuas, y últimamente les dieron una función de cinematógrafo en el Coliseo Olímpico. Pero, en cuanto se apagó la luz eléctrica, los catequizados prorrumpieron en vivas á la República y á la Revolución con toda la fuerza de sus pulmones.

El escándalo fué tremendo y servirá de aviso á tantas señoras desocupadas como se dedican, con perjuicio de su hacienda y de sus hijos, si los tienen, á reclutar ovejas para el rebaño carlista.

La historia se repite. Los que aparentaban más fervor religioso y estaban siempre á su lado, fueron los que más se distinguieron en la matanza de frailes de 1835, como los escritores educados por los jesuitas han sido siempre los que más sañudamente los han combatido.

Y se comprenden ambas cosas. Son los que mejor los conocen.

MODELO DE CONFESIÓN

La confesión es el elemento más poderoso de los jesuitas. Con sus máximas acomodaticias, su moral laxa y flexible, todo lo disculpan, todo lo perdonan; de ahí que sus confesionarios estén siempre ocupados, quitándole la parroquia, si esto puede decirse, al clero secular.

El pecador que todavía cree en la confesión, busca al jesuita para quedar limpio como una patena y volver á las andadas; el que no cree; pero trata de cumplir con las prácticas religiosas por el que dirán, lo busca también para despa- char pronto y no ser molestado con penitencias que no ha de cumplir; y todos, pecadores y no pecadores, por indiferencia ó comodidad, buscan el confesonario del jesuita.

Ahí va ese modelo para los que hayan pecado mucho y quieran salvarse, siempre que dispongan de algunos ochavos en favor de la Compañía.

Decoración. Un viejo enjuto y amarillo, de cabellos grises, que lleva impreso en su semblante el sello de la muerte y los remordimientos.

Inmediato al lecho y arrellenado en una cómoda butaca, un jesuita, vestido con ropas talares, dirige palabras de consuelo al moribundo; una lamparilla alumbra la escena.

—Pero, en fin—dice el jesuita—si usted lo desea estoy dispuesto á oírle en confesión.

—¡Oh! sí, soy un gran pecador, y quiero prepararme para hacer luego testamento. Como no tengo parientes...

El jesuita abre un ojo de á cuarta y exclama:

—Decía usted...

—Que no tengo parientes, y que desearé quedar libre de mis culpas, que son muy grandes, para morir en santa paz, y dejar á usted lo que poseo, ya que tanto se ha sacrificado durante mi enfermedad.

Los ojos del jesuita chispean de alegría como si indicasen que es llegada la hora de realizar un plan mucho tiempo acariciado.

—Una duda se me ofrece—dice el enfermo.

—¿Cuál es?—replica asustado el jesuita.
—Que he prometido confesarme con el cura de la parroquia, y... francamente... ahora no me atrevo á contarle mi vida por temor... ¡Es tan rígido!

—Vamos, usted tiene escrúpulos que yo debo desvanecer. Si quiere usted confesarse con el cura, puede hacerlo sin reparo, pero diciéndole únicamente los pecados veniales.

—¿Una confesión sacrilega!
—De ninguna manera! Escobar dice en su *Moral teológica* «que es lícito tener dos confesores, uno para los pecados mortales y otro para los veniales, á fin de mantener su buena reputación.» Ya ve usted que cuando Escobar lo sostiene...

—¡Oh! Esa autoridad me tranquiliza.
—¿Está usted, pues, dispuesto á confesarse?

—¡Ah! sí.
—Ahora—dice el jesuita cambiando de voz y cubriéndose parte del rostro con la capa,—ahora ya no somos más que un sacerdote y un pecador; conquese, hijo mío, ya puedes empezar.

—¿Cuánto pienso en mi pasada historia, no he recordado...

—No hijo, la misericordia de Dios es muy grande; a lo más, pocos pecados hay que no haya conoído la mayoría de los moralistas. Prosigue, hijo, prosigue.

—Acaso me, padre, de no haber amado á Dios, y de haber blasfemado de su santo nombre...

—Eso nada tiene de particular. El sentimiento de amar á Dios no es obligatorio (1), y es difícil determinar dónde empieza el amor de Dios (2). En cuanto á la blasfemia, «si el penitente ha renegado de su Criador, y contra él se despachara, arrastrándole la cólera á proferir palabras escandalosas, sólo peca venialmente» (3).

—Confieso haber engañado al prójimo vendiendo géneros cuyo peso defraudaba faltando á los juramentos que hacía.

—No importa; el mercader puede usar peso falso y negar esto con juramento, sobrentendiéndose: *con perjuicio del comprador* (4). Continúa, hijo.

—Acúsome de haber comulgado indignamente por la Pascua.

—Es cosa frecuente; tú has cumplido con el precepto, y la ley que obliga á comulgar, sólo obliga á la sustancia del acto. La comunión sacrilega es suficiente (5). Prosigue, prosigue.

—Voy á decir lo más grave, tan grave, que apenas me atrevo...

—Desecha todo temor.

—Pero estoy haciendo mi confesión postrera y no debo callar nada. A la edad de veintiseis años... ¡perdón, Dios mío! estando embriagado, asesiné á mi padre.

—¿Y era eso todo?

—Y me regocijé con su muerte.

—¡Bah! Nada de eso es grave, porque el parricidio no fué premeditado (6).

—También me acuso de haber aconsejado el aborto.

—El aborto es permitido, directa ó indirectamente, antes de animarse el feto (7).

(1) El padre Simón.

(2) Juan de Cárdenas, en su *Crisis teológica*.

(3) Padre Bauny, *Suma de los pecados*.

(4) Padre Gobat, *Obras morales*.

(5) *Obras de Jorge Gobat*, Tomo I.

(6) *Obras de Jorge Gobat*, Tomo II.

(7) Alsaut, *Proposiciones sobre el quinto precepto del Decálogo*.

—En cuanto al sexto mandamiento, ¡ay! he cometido los pecados más abominables.

—Ahí tropezamos todos. Es de naturaleza. ¿Y de qué clase han sido?

—Absolutamente de todas.

—Pues para todas hay excusa; y si á los clérigos se les dispensa hasta la bestialidad (8), creo que con los seglares sucederá lo mismo. ¿Has cometido adulterio?

—Sí, padre.

—¿Has llegado hasta á asesinar al marido?

—Sí, ¡or salvar mi vida.

—Entonces quedas dispensado, interpretando lo que dicen algunos Padres (9).

—También me acuso de haber robado, pero por medio de pleito.

—¿Has empleado algo en fundaciones piadosas?

—Sí, padre.

—En tal caso, estás libre de pena y de devolución (10).

—He explotado en beneficio propio y usando juramento, la mentira y el falso testimonio.

—¡Escuta minuta! El juramento ficticio hecho con ánimo de engañar, no obliga (11).

—Por último, no sólo he deseado la mujer del prójimo, sino que la he utilizado siempre que he podido.

—¿Por su belleza ó porque era casada?

—Por su belleza.

—Pecado simple (12). En resumen, las faltas no son graves ni mucho menos: son de las que cometemos todos á cada instante; y puesto que estás arrepentido de ellas...

—¡Oh! sí. Con toda mi alma.

—Bastará con que después de muerto te pongan un hábito de jesuita que tiene el privilegio de abrir las puertas del cielo (13).

—¿De modo que puedo morir tranquilo?

—Como un santo. *Ego te absolvo*, y... besa.

El enfermo besa la mano al jesuita, quien sale en busca de la criada para que avise inmediatamente al escribano que ha de extender el testamento.

Tentaciones del demonio

Hay en Rentería, como en muchas partes, una asociación de doncellas más ó menos históricas, que, bajo la denominación de Hijas de María, pierden el tiempo cantando himnos cursis.

Y hay un curita bizkaitarra que las hace cantar en vascuence las letrillas religiosas.

El párroco, «rara avis», las quiere meter en cintura volviendo por los fueros de la razón; y aunque ha conseguido que el obispo traslade al clérigo monolingüe, éste continúa impertérrito, secundado por otros curas en su actitud rebelde; y como nadie puede con él, ya corre por Rente-

(8) Escobar y Mendoza, *De la lascivia*; Padre Filicinus, *Preguntas morales*; Padre Bauny, *De la suma de los pecados*; Padre Castro, *De las virtudes y los vicios*.

(9) Padre Enríquez, *Suma de teología moral*.

(10) Casendi, *Juramentos teológicos*.

(11) El abad Moullet, *Compendium* para uso de los Seminarios.

(12) El abad Moullet, *Compendium* para uso de los Seminarios.

(13) El Padre Nicolás Orlandini.

ría la especie de que está asistido del diablo y tienta á las muchachas.

Convengamos en que el diablo induce á realizar actos agradables, y que si el tentador á las muchachas es señal segura de hallarse infuido por él, no hay cura ni fraile que no tenga, no digo ya al diablo, una legión de diablos en el cuerpo.

Claro que me refiero solamente á tentaciones espirituales, aun cuando alguna vez, y por aquello de entre col y col lechuga, y por si la carne es flaca, y los curas pecadores, y...

En fin, allá ellos, y al que Dios se la dé San Pedro se la bendiga, y su alma su palma.

Y punto final.

IGUALDAD

Los arzobispos españoles, á quienes el gobierno ha consultado si convendría suprimir algunas diócesis, han respondido unánimemente que no, que ninguna.

Es natural. Hasta las caballerías (salvando la comparación por lo que sea), si se les pidiese su parecer sobre suprimirles el comedero, dirían que nones á su manera. El instinto de conservación es común á todos los seres animados, lleven cabezada ó mitra.

El Dios que está en los cielos ha tirado una rasante sobre todos los estómagos para humillar nuestra soberbia desahogada, y todos somos iguales á la hora de comer.

VULGARIZACIONES ECLESIASTICAS

El tormento en los conventos.

IV

JESUCRISTO NO FUNDÓ FRAILES.—EL MONACATO ES POSTERIOR Á LA IGLESIA.—SU ORIGEN EN ORIENTE Y OCCIDENTE.—SUS FUNDADORES.—DECADENCIA DE LOS MONASTERIOS.—PRIMERAS COMUNIDADES FEMENINAS.—LAS ÓRDENES RELIGIOSAS SON HIJAS DEL TIEMPO Y DE LAS CIRCUNSTANCIAS.—NO TIENEN ORIGEN DIVINO NI MILAGROSO.—SU RELAJACIÓN.—LOS FRAILES BUENOS.—LA FORMA Y LOS PRINCIPIOS.

Como la finalidad especial de estos escritos es vulgarizar entre el pueblo el conocimiento de las cosas eclesiásticas, de las que sabe muy poco, y lo poco adulterado y confuso, pues la Iglesia, á pesar de su magisterio universal enseña sólo lo que le conviene y no gusta de que las inteligencias profundicen mucho en sus intimidades, vendría aquí que ni de perlas el tratar con la extensión debida acerca del monaquismo, su origen, tendencias y caracteres. Dejémoslo para otra ocasión y digamos sólo lo más preciso para nuestro intento.

Cree el vulgo que los frailes son tan antiguos como Cristo, que apenas se predicó el Evangelio aparecieron los conventos y que las monjas son fundación directa del mismo Jesús. Pues no hay tal cosa.

Ni Dios ni Jesucristo han fundado la vida religiosa, ni como está al presente, ni siquiera como esbozo remoto. Todo eso de noviciados, profesiones, votos, clausuras, hábitos, reglas, correas, rosarios, escapularios, no tienen el menor fundamento evangélico, ni se conocieron en la Iglesia durante muchísimos años, hasta que en el siglo III, hacia el año 250, apareció San Pablo, primer ermitaño que se retiró á los desiertos de Tebaida, huyendo de la persecución del emperador Decio. A este santo siguieron luego San Antonio, San Pacomio, San Hilarión y San Macario, que dieron forma y vida á la profesión cenobítica allá en el alto Egipto. Estos monjes no se parecían á nuestros frailes actuales en nada; eran toscos é ignorantes, pero llenos de una fe religiosa acendrada. Vivían del trabajo de sus manos y se imponían grandes penitencias y austeridades. Después, como todo lo humano, decayeron, se relajaron, y los donativos y las riquezas, trayendo á sus monasterios la abundancia y la ociosidad, desalojaron á la moral y á las buenas costumbres.

Las hermanas de San Antonio y de San Pacomio fueron en Egipto las primeras fundadoras de comunidades de mujeres, y, según Audilly, siguieron la regla de Santa Suicética; pero estas comunidades femeninas no se parecían en nada á nuestros conventos de monjas.

La presencia de esta especie de religiosas entre los monjes dió origen en el transcurso de los tiempos á grandes abusos y degradaciones; á veces un mismo monasterio, dividido en dos partes, encerraba dentro de sus muros á hombres y mujeres, y aseguran muchos historiadores que á pesar de esto no ocurría allí nada reprensible. Bien pudiera ser; pero lo cierto es que los abades de estos monasterios tuvieron que adoptar una separación más real, y en sus escritos nos han dejado la indignación que las relaciones causaban en su alma de fervorosos creyentes.

Los monjes habitaban lejos de poblado; eran legos, y su ciencia eclesiástica nula. Vivían de oficios manuales, y si algún obispo los arrancaba de su soledad y les hacía sacerdotes, en el mismo momento dejaban de ser monjes. Se dividían en tres clases: cenobitas, que vivían en común en un mismo monasterio bajo un superior; anacoretas, que residían en el desierto, y sarabitas, que habitaban dos ó tres en una celda. Para sus necesidades espirituales asistían á las iglesias del obispo, ó por privilegio se les enviaba un sacerdote que les administrase los sacramentos. Más tarde consiguieron que uno de su comunidad fuera un sacerdote, y así fueron teniendo iglesias particulares.

San Jerónimo escribió acerca de los monjes de su época cosas que no me atrevería yo á estampar en las páginas de EL MOTIN, ni tampoco lo que San Bernardo afirmó de las abadías de su tiempo. Todo lo cual prueba que no era oro toda aquella austeridad y pureza de vida y que bajo los sayales reinaban las más desenfrenadas pasiones. San Basilio fué en Oriente el padre de los monjes, como lo fué en Occidente San Benito.

Tenemos, pues, que la vida monástica en los hombres empieza en Egipto á mediados del siglo III; en el siglo IV, San Basilio habla ya de monasterios de mujeres, y San Juan Crisóstomo asegura en

la Homilía 8.^a sobre San Mateo, que en Egipto las comunidades de mujeres eran tan numerosas como las de los hombres.

A pesar de esto, no es fácil fijar la época en que principiaron las religiosas á profesar solemnemente la virginidad, recibiendo el velo y el hábito monástico de manos del propio obispo. Sabemos que Santa Marcelina, hermana de San Ambrosio, recibió el hábito de manos del Papa Liberio, en la iglesia de San Pedro, en Roma, el día de la Natividad, en el año 352, á presencia de un inmenso concurso; pero no se ve claro que hubiera ya monasterios ó conventos de religiosas, hasta que en el año 530, Santa Escolástica, hermana de San Benito, las empieza á dar forma, reglas, unidad y jerarquía. Después, Santa Brígida, Santa Gertrudis, Santa Paula, Santa Clara, Santa Teresa y otras fundadoras completaron y dieron variedad, casi infinita, á los institutos religiosos de mujeres.

Los fundadores de las órdenes religiosas han sido, por lo general, hombres honrados y virtuosos á su manera. Fundaron su orden respectiva con tal ó cual objeto, que requerían las circunstancias de su época, no porque mediase para ello inspiración divina alguna, sino porque ellos en su buena fe, creyeron que creando una familia religiosa determinada realizaban mejor el ideal cristiano. Unos fueron hombres austeros, como San Benito y San Pedro de Alcántara; otros místicos exaltados, como San Francisco de Asís; héroes, como San Vicente de Paul y San Juan de Dios; sencillos y bondadosos, como San José de Calasanz; medio locos, como San Bruno; histéricos, como Santa Teresa; vesánicos y sanguinarios, como Santo Domingo, ó tercios y soberbios, como San Ignacio.

Sin embargo, todas las órdenes religiosas presentan al milagro intervinendo en su origen; leed sus Crónicas y la biografía de sus fundadores y lo veréis bien claro. Todo viene del cielo ya hecho y amasado, y de allí bajan también cordones, correas, hábitos y escapularios. Los carmelitas toman su origen en el profeta Elías; aseguran que la Virgen vistió el hábito del Carmen y dió el escapulario á San Alberto. A la monja Catalina del Cardona se le apareció Jesús vestido de fraile carmelita, y de aquí deducen estos religiosos que su orden es la más antigua y sagrada. Los agustinos, á quienes no pensó jamás en fundar San Agustín, dicen que su hábito es el que llevaba la Virgen cuando se quedó viuda y que se lo recomendó á Santa Mónica, madre de San Agustín. El de los jerónimos también es milagroso, como lo es el de los trinitarios, mercedarios, servitas, etc., etc., pues siempre ha sido la Virgen la que ha dado el modelo, forma, color, etc., etc.

El grande error de los fundadores ha sido el creer que cuantos ingresen en su orden tendrán su mismo espíritu. Si hoy levantarán la cabeza no las conocerían; no existe instituto alguno que se conserve en su observancia primitiva. Mientras vivieron ellos, sus discípulos anduvieron derechos; muertos ellos, empezó la relajación, y muchas veces antes de su muerte; testigos, lo que acaeció á San Francisco con fray Elías y á San José de Calasanz con algunos hijos suyos. Jamás á San Ignacio de Loyola se le pasó por la mente el que la Compañía de Jesús fuera lo que es hoy.

Toda orden religiosa obedeció á una

necesidad del tiempo, y el mismo tiempo las hace al fin innecesarias ó nocivas. Para juzgar lo que es y lo que vale un orden religioso, no hay medio más escogido que leer lo que han escrito y dicho acerca de ella las órdenes rivales. Los benedictinos desprecian á los mendicantes; éstos desprecian á los agustinos; franciscanos y dominicos se odian; escolapios y jesuitas se tiran á degüello; los maristas y hermanos de la doctrina no se pueden tragar ni en pintura, y así podríamos ir enumerando las distintas asociaciones religiosas, rivales en fin, medios y propaganda.

Toda orden ó sociedad religiosa tiende á conservarse; pero la ley natural vencerá siempre á la artificial, á la de origen humano, aunque sea religiosa, y por eso, el monaquismo lo sacrifica todo á la exterioridad, á la fórmula, al buen parecer. No se cumplirán las reglas y constituciones de los institutos religiosos, pero serán alabadas constantemente y puestas por las nubes.

¿Quiere decir esto que en los conventos todos sean malvados ó hipócritas? No, en verdad; los hay allí honrados, observantes de buena fe, fanáticos inofensivos, que son los que roen el hueso, los que sirven de tapadera al escepticismo y relajación de los demás, los que cargan con todo lo duro, áspero é incómodo de la vida conventual, los que ni suben ni medran y creen á ojos cerrados que todos sus hermanos son buenos y que allí nadie traspasa el deber.

A estas buenas personas se las exhibe, se las pone á la vista y contacto con el mundo, para que sirvan de espejuelo, de pabellón que oculte la mercancía averiada, de venda para los sencillos y de freno para los incrédulos. Pero ¡ay! cuán pocos son. Y son pocos, porque en toda agrupación humana la tendencia general y unánime es á lo cómodo, á lo fácil, á lo que halaga las pasiones de los hombres y satisfice sus instintos, ya sean elevados, vulgares ó malévolos, y se repudia y se rechaza siempre todo lo que representa sacrificio, privación, aspereza, incomodidad y sufrimiento. Se guarda la forma y se vulneran los principios cuando estos principios piden lo demolido ó lo imposible.

Aplica esto, lector, á los conventos, y tendrás la clave de muchos de sus misterios.

FRAY GERUNDIO

Se puso tan ferozmente bruto el cura de Onderilla (Navarra) con dos jóvenes que iban á casarse, pertenecientes á familias netamente católicas, que decidieron unirse civilmente.

¡Y la algaraza que se armó con este motivo! Casi todo el vecindario asistió al acto, celebrándose después un banquete al que concurrieron 250 personas.

CONSECUENCIAS LÓGICAS

Mientras los padres escolapios de Barcelona oían misa con todo el personal, un dependiente les robó dos mil pesetas, lo cual prueba que es peligroso oír misa cuando se tiene dinero.

Y además, que lo mal ganado se lo lleva el diablo.

La obsesión de un escrito sobre un obispo

Sr. D. Antonio López Peláez

Antes de pasar más allá, voy á estudiar un curioso fenómeno digno de ser conocido de todos los obispos, y, en general, de toda persona de algún viso; esto es, la influencia de un escrito sobre un personaje.

De este asunto hablé en cierta ocasión con el Sr. Morgades, varón muy duro de pelar y muy curtido para las impresiones de la crítica pública, y me dijo: «La crítica me importa á mi poco; la campaña más violenta se acaba, y á los tres meses nadie se acuerda de ella.» Chocóme esta teoría por parecerme difícil de combinar con el «cura de bono nomine», con el «calumnia, que algo queda» y con otras observaciones de la Filosofía social. Me permití discrepar de su opinión; á los seis meses me puso un telegrama desde el otro mundo, en que me decía: «he cambiado de parecer; hay críticas que duran más que el individuo y que le sobreviven y le perpetúan». Este cambio de criterio me demostró que ni yo estoy tan desacertado como algunos obispos creen, ni los obispos aciertan tanto como imaginan.

De esta primera opinión del Sr. Morgades debe participar su venturoso sucesor Sr. Laguarda, ya que ha respondido con su excelentísimo silencio de opínable buen gusto y cortesía á la carta del 8 de Diciembre en que me digné manifestarle el grave peligro de dar á la crítica pública el caso de Prat.

Y aun supongo que ese señor, recién nacido á la crítica, debe haber hecho ánimo de no leer estos escritos para ahorrarse los disgustillos que podría hallar en ellos, con lo cual viene á decirme: «predicame, padre, que por un oído me entra y por otro me sale». Y aun quizás haga peor, pues no conozco su genio y humor, y tales podrían ser, que aun le sirviese de gusto ver que malgasto el tiempo en esta ingrata labor, creyéndome apenado, ofendido é irritado por su despectivo y pontifical silencio, y lleno de despecho por tan magnífico desprecio. Un tantico equivocado anda en este juicio. Ciertamente es que me hace mal tercio, obligándome á dejar otros trabajos más agradables para ocuparme de este; pero yo soy algo fatalista y me dejo llevar bruscamente del aire que sopla. Entiendo que la fatalidad es más sabia que el mejor cálculo, y no veo manera más útil de servir á la sociedad, sobre esta de tomar las cosas según vienen. Con esto me ha demostrado el Sr. Laguarda tener grandes aptitudes episcopales: un obispo de su aire y de su entonamiento, no tiene precio. Me gusta ver á sus ilustrísimas echar desdeñosamente al cesto las cartas de inminente gravedad, y rascarse la cabeza estudiando la clase de papel, de letra y de estilo en que deban contestar el perfumado billete de la linda condesita ó del insigne petimetre. ¡Me gusta! ¡Me gusta! Esto es delicioso.

Y me gusta más, porque así y sólo así se justifican estas apelaciones al público, según la disciplina apostólica, después de la llamada secreta: *dic ecclesie!* Hacia tiempo ardía en deseos de hacer un estudio profundo del caso Prat; pero lo veía tan delicado, tan espinoso, y tan

grave, que necesitaba apelar á él como recurso supremo, y en caso gravísimo. El Sr. Casañas me desarmó siempre, llevándolo hasta la heroicidad su condescendencia hacia el infortunado amigo, con rasgos que iremos viendo. ¡Bendito sea el Sr. Laguarda! El, con su excelente tacto, ha hecho este regalo al público... y se lo ha hecho á sí mismo.

De fijo él ha hecho ánimo de no ver nada de esto, ó de leerlo con oídos de obispo, algo peores que los de mercader. Y ¡cómo debe reírse su señoría... ó su excelencia... ó lo que sea! Vaya: yo me alegró infinito de hacer pasar un buen rato á los pobres prelados, harto apesados por las mil y una perrerías de sus cabildos y de sus propios apetitos. Porque el público no puede imaginar lo malo que es llevar un obispo dentro del cuerpo, más hambriento que una tennia y peor que el humor artrítico. ¡Vaya con el Sr. Laguarda! Lo celebro infinito; riase en paz y gracia de Dios, y apriete bien la risa entre los dientes para que no se le escape. Ya ve cómo no se trata de enérgimenos, ni de seres rabiosillos... ¡Nada; riámonos!

Pero, por su bien, deje el mal propósito de no leer estos divertidos artículos, pues le ocurriría lo que al otro:

*Todo Madrid lo sabía...
Todo Madrid, menos él.*

Porque, desengañéle usted, Sr. Peláez; dígame que es inútil querer no leerlos impresos en el papel, pues habita de leerlos impresos... en otras partes. ¡Claro! Estos escritos van á ser rebuscados y devorados con *delectación morosa*: primeramente por todos los curruacas enemigos de Laguarda, los cuales se frotan de gusto las manos con sólo la idea del jaleo que esperan. Van á leerlos muy secreta, pero muy ávidamente, los amigos de hoy, previniendo la enemistad de mañana; van á leerlos los benditos frailes y los truchmanes jesuitas, que bailan de contento al barruntar una trapatiesta prelacial; van á leerlos los seminaristas, á quienes los dedico especialmente, por ser los más interesados en saber lo que pasa dentro de la Iglesia, del otro lado de la pantalla de papel de las teorías que les ponen ante los ojos; van á leerlos los *apóstoles esos* de la buena prensa y de la *Defensa Social*, los cuales necesitan estar al tanto de lo bueno y de lo malo del obispo, para saber de qué pie cojea y poderlo empujar convenientemente para derribarlo ó torcerlo á donde convenga; van á leerlos de escondidillas los palaciegos, sin exceptuar los pajes y secretarios, por esa fatal curiosidad estimuladora de averiguar todo lo que se refiere á los seres más próximos; van á leerlos los obispos, *aspirantes á la Sede Barcelonesa*, ansiosos de ver estrellado á su hermano en Cristo y rival en carrera; van á leerlos el Nuncio, el cardenal Vives y el Secretario de Estado, para recortar los párrafos aprovechables en su día, que tan bien se cotizan en la Bolsa de Judas, compañero de San Pedro. Van á leerlos: los unos, para reírlos; los otros, para llorarlos; y hasta el propio Papa, si llega á enterarse, pedirá la traducción italiana, recordando aquellos buenos párrafos de *El Urbión*, que saboreaba en Venecia en la mesa del difunto D. Carlos.

Conque ya ve, Sr. Peláez, el despropósito de proponerse no leer estos lindos escritos.

Si no es el primero, será el quinto ó décimo artículo, que no podrá menos de leer, y entonces... ya cayó. ¡Si, señor! mis escritos son sugestivos; me lo dijo el padre Miguelez, sugestionado por una carta mía. Y me lo dijo también Morgades, á quien no era cosa fácil sugestionar.

¡Vaya con el Sr. Laguarda! ¿Que no me leerá?... ¿A que sí?... Aunque no quiera. Y antes de tres meses, al llegar el jueves no podrá tomar el desayuno sin antes haber leído *EL MOTIN*... sí, señores; el diablo de *EL MOTIN*, que se le va á ir metiendo en el cuerpo, por los ojos, por los oídos... y hasta en la sopa y en la mesa del altar. ¿Que sale á la calle? *EL MOTIN* en el kiosco, ¡allí clavado! y más visible que los otros, porque eso tienen las cosas: se ve lo que no se quiere ver. ¿Que no sale? Pues allí, en el salón pontifical, en plena conferencia con la Reverenda Madre Abadesa y con el canonigo, se oirá al vendedor de periódicos en la Plaza Nueva, gritando: ¡*EL MOTIN*!... y hételo metido dentro del palacio por las ondas acústicas. ¿Que manda desterrar á Teruel al vendedor? Pues ahí está el barbián del capitular, ó del redactor del periódico católico, con la oficiosidad misteriosa:

—¿No ha leído su excelencia *EL MOTIN*?

—¡*Lagarto, lagarto!*—dirá el Sr. Laguarda, que para algo viene de Jaén.

Luego confundirá *Le Matin*, con *EL MOTIN*; cuando lea en el *Correo Catalán* las noticias *El Motín* de aquí y de allí, su ilustrísima leerá sin querer: *EL MOTIN*... de Nakens... ¿Que ve una risilla extraña en el canónigo? ¡si habrá leído *EL MOTIN*!... Que el paje se le queda mirando... ¿Si será por lo de *EL MOTIN*?

—¿Hablan de la mala prensa?—En seguida *EL MOTIN*.

—¿Traen los periódicos?—¡Si estará *EL MOTIN*!

—¿Vamos á la Merced?—¡La Iglesia de Prat... *EL MOTIN*!

—¿Que ve un cura andrajoso?...—¡Si será él... *EL del MOTIN*!

—¿Que predica?—¡Si estará algún corresponsal de *EL MOTIN*!

—¿Que dice misa y oye toser á alguno?—¡Si será por lo de *EL MOTIN*!

—¿Se fija en los corporales?...—Claro; ¡del tamaño de *EL MOTIN*!

—¿Carta de Roma?...—¡Si me hablarán de *EL MOTIN*!

—¿Que apaga la luz para dormir?...—Zás; allá clavado, y bailoteando en la fosforescencia cerebral, *EL MOTIN*...

He aquí *EL MOTIN* convertido en duende, en brujo y en diablo.

Irá á pedir al Santo Cristo de Lepanto que le libre de la obsesión, y el Cristo aquel y todos los Cristos, en vez del *Inri*, tendrán el título de ¡*EL MOTIN*!

Esto sucederá, Dios mediante, poquito á poco y por sus pasos contados, hasta que sienta á Prat sentado á su lado en la mesa del comedor, murmurándole al oído:—«¡Tú comes y yo ayuno!»—Para distraerse dará una aceituna al paje, y el Prat invisible le dirá:—«¡También yo fui paje!»—Y al acostarse, seguirá diciéndole Prat:—«También yo ayudé al obispo á desnudarse... También yo pasé noches enteras en su alcoba...»

Y el Sr. Laguarda se irá obsesionando, ¡no que no! y buscará la risa aquella, y al querer morderla morderá la lengua, y se acordará de la carta del 8 de Diciembre, y del primer artículo y de éste, y

Preocupado andaba con la charada de buscar el por qué de estas fortificaciones, cuando abro *El Renacimiento* del 2 de Diciembre último, de Manila, y encuentro la solución adecuada.

Hela aquí, en los propios términos del colega filipino:

«Se ha presentado ayer en el Juzgado la querrela contra el jesuita James Murray, americano, acusado de violación en Santa Ana de la niña Victoria Debeco, de doce años de edad.

«El P. Chouza prestó fianza de 3.500 pesos, por la libertad del jesuita, cantidad dada por el procurador de la orden de San Ignacio.

«Se alega que el crimen se cometió á la hora de las oraciones, en el jardín de la casa de vacaciones de los Jesuitas, donde la niña solía jugar con su hermano por las tardes. Al saber el acto, los vecinos trataron de lynchar al jesuita en su casa, y la policía tuvo que intervenir y traerle á la casa Misión de la orden, donde ahora está encerrado. Algunos vecinos dicen que á la niña se le vió con los vestidos manchados de sangre.

«Según el superior de los jesuitas, la orden está intensamente afectada por el escándalo, y cree que el crimen vil cometido por uno de sus miembros no alcanzará á manchar la reputación de la S. J.»

He aquí un bravo, bizarro, gallardo, intrépido, invicto, virtuosísimo y ejemplarísimo Padre de la Compañía, dignísimo hijo de aquel Inigo que daba ejercicios espirituales á la Flora de Alcalá y á sus compañeras de «bascas y mal de madre», según se encuentra atestiguado en los procesos de la Inquisición.

Al padre jesuita Francisco Xavier, acusáronle en Roma de ser padre de la criatura de una penitenta suya, cuya casa frecuentaba. Los historiadores cuentan que aquello fué una vil calumnia, y que luego se supo el visiteo á la fecunda dama de cierto mozo no jesuita.

Iguales ejercicios verificaban con la Condesa Costanci, por lo cual en ciertas localidades las mujeres se hacían sospechosas con solo entrar en las casas de jesuitas.

El caso más curioso, ó uno de los que más, lo contó en el año 1902 un diario de Barcelona. El jesuita P... daba lecciones de piano á una niña de catorce años, hija única de una acaudalada familia. La niña se ponía enfermiza. El jesuita desapareció de la casa; un traslado casual le llevaba á S... Después de muchos ensayos el médico diagnosticó una afección solucionable á los nueve meses. Mucho costó á los papás recabar la confesión de la hija. Entablóse querrela contra el P.... Mientras se tramitaban exhortos y providencias vino el parto, en el cual murieron la criatura y su madrecita. A la querrela respondió el P... alegando la impotencia: apareció castrado. Los infortunados padres, aturridos por tanta maldad, buscaron en el olvido y el silencio el alivio de su desgracia. La Compañía volvió contra ellos la querrela por calumnia, exigiendo daños y perjuicios: un millón de pesetas...

Por esto el caso de Manila reviste im-

portancia singular: un jesuita cogido infraganti.

La infeliz Victoria Debeco es hija de una miserable lavandera, viuda y con otras hijas; no será cosa difícil lograr el silencio. Al preguntarla los periodistas, pronunció esta frase digna de Aristóteles:

«Los pobres nos olvidamos fácilmente de todo.»

Pero el hecho queda registrado aquí:

«Los vecinos de Santa Ana, en Manila, intentaron lynchar al reverendo, virtuoso y sabio P. James Murray, por haber violado en el huerto de su casa de vacaciones á la niña Victoria Debeco, librándose de la prisión con fianza de 3.500 pesos, puestos por la Compañía.»

Ahora me explico por qué la Compañía fortifica su colegio de la calle de Caspe de Barcelona: para evitar que el pueblo penetre á lynchar los padres Murray.

Y pregunto ahora á los *Padrecitos* esos:

¿Quién es más culpable, Clemente García por violar la sepultura de una muerta sin identificar y por bailar una momia, ó el Murray ese al violar una criatura de doce años en el huerto de su casa? Si Clemente García fué fusilado con aplauso de los jesuitas, ¿cuántas balas merece ese violador de Victoria Debeco?

Y pregunto además: si hubiese continuado la dominación española en Filipinas ¿se habría procedido contra el virtuoso y ejemplarísimo P. Murray, exigiéndole 3.500 pesos de fianza para su libertad provisional, ó se habría procedido contra sus delatores?...

Conclusión. En el año 1909 los jesuitas de Barcelona piden el fusilamiento de Clemente García por bailar con una momia; el P. Murray viola á una niña de doce años. El pueblo intenta lyncharle, salvándole la policía. Los jesuitas habrán aprendido que á violar á niñas, niños y mayores deben ir á otro sitio y no á Manila, donde se ha acabado la inviolabilidad de los violadores.

Las Hijas de María y las Mamás tienen en Murray un buen catequista, y en las casas de los jesuitas un asilo de la Virginitad.

Si en Manila intentan lynchar á un jesuita al descubrir la violación de una niña ¿qué intentarán el día que aparezca allí degollado un P. Peters?

La desbandada

D. José Sarto, en la Jerarquía Pío X, escribe á unos sectarios suyos del Norte de Francia, diciéndoles que pasa grandes penas y angustias, no tanto por la violencia de los malos en atacar la Iglesia, como por el desacuerdo de los buenos para resistirles.

Tiene razón el Papa: los católicos franceses buenos han caído en la cuenta de que toda la guerra contra la impiedad ha-

consistido en sacar ellos castañas del fuego para que se las coman los cardenales, prelados, preladas y preladillos romanos.

Y han tomado de estandarte una bandera que del lado de Roma dice: «no se pescan truchas á bragas enjutas».

Con lo cual los buenos van dejando de ser tontos.

Desesperación

La viejecilla, la pobre viejecilla arrugada se sintió dichosa al contemplar al niño bonito á quien todos hacían fiestas, á quien todo el mundo quería agarrar; al ser delicado; tan frágil como ella, la pobre viejecilla, y, como ella, también sin dientes y sin cabellos. Y queriendo sonreírle y hacerle gestos agradables, se aproximó á él.

Pero el niño, el niño bonito se mostraba asustado, y llenaba la casa con sus gritos de disgusto y de repulsión ante las caricias de la buena mujer decrepita.

Entonces la pobre anciana se refugió en la eterna soledad, y llorando también, se dijo á sí misma:

«Para nosotras, desgraciadas hembras viejas, ya pasó la edad de agradar ni aun á los inocentes. Nosotras horrorizamos aun á los seres pequeñitos á quienes deseamos amar.»

CHARLES BAUDELAIRE

Memorias de un jesuita

Ciencia de los jesuitas.

No se practican en la Compañía grandes ni pequeñas penitencias y mortificaciones, pero sí el sapientísimo principio de que más vale burro vivo que doctor muerto. La gran mortificación que hay que ofrecer á Dios en el noviciado consiste en tener que tratar continuamente con los rudísimos paletos que, faltos de toda cultura, educación, hábitos de sociedad y limpieza, acuden á vestir lo que ellos llaman, con gran devoción, santa sotana de la Compañía de Jesús. Esta mortificación llega hasta un extremo inconcebible para todo el que materialmente no acabe de soltar el azadón, la caja de barquillos ó los *veinticinco* de los periódicos.

Tienen los jesuitas que cumplir á la fuerza y á regañadientes la bienaventuranza que dice: bienaventurados los pobres, pero teniendo que añadir á la palabra pobres las de ordinarios, sucios y *soccos*.

Bien se puede afirmar, sin temor de ser desmentido, que de cien novicios que entran en la Compañía, noventa y nueve carecen por completo de educación aun en sus primeros rudimentos; y tanto es así, que hay un padre que con el nombre de ayudante del maestro de novicios está dedicado completamente á desbastar paletos con sotana.

Las pláticas y exhortaciones que el padre dirige casi todos los días á la Comunidad, no versan ciertamente sobre los

secretos de la vida espiritual ó altos designios que tuviera San Ignacio al fundar la Compañía, sino que tratan de ponderar la importancia que, aunque no lo parezca, tiene para el hombre limpiarse las uñas con relativa frecuencia; peinar-se de manera que la cabellera sea un planeta del todo deshabitado; lavarse las extremidades abdominales, sobre todo en los meses del estío; cepillarse la ropa de vez en cuando, é introducir en la cavidad bucal un instrumento bastante generalizado y conocido con el nombre de cepillo de dientes.

Con graves razones y en elocuentes párrafos, ó muchas veces al padre ayudante prohibir y prohibir terminantemente el que en el refectorio se comiera la ensalada con los dedos; tronar contra la costumbre de rascarse con fuerza y examinar después el interior de las uñas rascadoras; anatematizar con palabras de gran energía el que los dedos, sean de la diestra, sean de la siniestra mano, penetren con ningún pretexto en las fosas nasales, y mucho más que allá dentro hagan monda ó limpieza de ningún género; recomendar como costumbre altamente conforme con la moral cristiana y espíritu de la Compañía, la de usar pañuelo para los usos á que está de antiguo destinado, con exclusión de todo procedimiento más ó más menos expeditivo.

Alguna mella hacían estos discursos en la gente novicia, pero no tanta que no tuviera el buen padre que volver á la carga y emplear todos los recursos que su buen celo le sugería para inculcar buenas costumbres en la piadosa grey que encomendada le estaba.

El asunto resultaba verdaderamente peliagudo, y yo admiro el arte de los jesuitas que en pocos años, á veces en tres ó cuatro, cambian un paletito, que seguramente no sería recibido como criado en ninguna casa decente, en sabio y maestro que educa á los vástagos de las familias más jencopetadas, orgullosas y linajudas. Sin embargo, el hecho se verifica como la cosa más fácil y natural del mundo.

Detrás del noviciado, en que no se estudia nada profano, viene el estudio de la literatura, que ellos dividen en Humanidades y Retórica. Lo primero consiste sencillamente en lograr retener en la memoria los enrevesados hexámetros latinos, en los que Nebrija explana las reglas gramaticales, y son de ver los esfuerzos titánicos que tienen que hacer los pobres chicos para aprenderse desde el *Mascula sunt maribus*, hasta el último verso de la prosodia.

Yo me encontré mustio y cabizbajo á un pobre sacerdote que, ya entrado en años, había vestido la sotana.—¿Qué le pasa á usted?—le pregunté.—Que me echan de la Compañía.—¿Y por qué?—Porque no me puedo aprender los en is.

En la clase de Retórica discútese con gran calor si el hombre *pravo*, ó perverso, para decirlo en castellano, puede ó no ser orador, inclinándose la mayoría á defender que no, y teniéndose por revolucionario al que, como yo, sostenía que sí, que la virtud no tiene nada que ver con la elocuencia.

Léese y estúdiase allí á todo pasto la prosa de nuestros autores del siglo de oro, con exclusión completa de todo lo moderno por tener olor á libertad. Armos un verdadero alboroto de regocijo cuando en cierta ocasión llegó el maestro

de Retórica á clase diciendo:—Señores, un discurso que acaba de pronunciarse en Madrid.—¿De quién es?—preguntamos todos.—De D. Gabino Tejado. Desde aquella hora D. Gabino fué para todos nosotros el compendio y cifra de cuanto bueno ha producido el siglo XIX.

La filosofía que entre jesuitas se usa, no es más que la que usaron los escolásticos más austeros con sus silogismos, sorites, dilemas, epíqueremas, etcétera, etcétera. No se me olvidará nunca, y explica perfectamente la importancia de las cuestiones filosóficas que allí se estudian, que el padre Echevarría, al sentarse en la cátedra el día en que le tocaba tratar de la cuestión magna de la distinción entre la esencia y la existencia, empezó diciendo: «Nosotros, los religiosos, que tenemos asegurada la comida, á quienes esperan sin falta los garbanzos en el comedero y no tienen que preocuparse por el porvenir de los hijos, podemos sin inconveniente ninguno dilucidar si la existencia se distingue ó no se distingue de la esencia.» Después de la filosofía ésta, que pudiéramos llamar para andar por casa, ó por convento, van los jóvenes jesuitas á ilustrar las generaciones en embrión, los hombres del porvenir, en los colegios y universidades religiosas.

Hablando yo con cierto padre de la provincia de Aragón, que me estaba poniendo como un trapo las obras poéticas del duque de Rivas, diciendo que no sólo política, sino literariamente eran muy malas, se me ocurrió preguntarle:—¿Usted las ha leído? A lo que el padre contestó:—¡Dios me libre!—Entonces, ¿cómo sabe usted que son malas?—Porque me lo ha dicho un literato, cuyo testimonio creo que no rechazará usted, que tiene buen gusto, pues universalmente se le reconoce como maestro de poesía.—¿Quién es?—El Sr. Carulla.

¡El padre hablaba en serio!!!

GIL BLAS DE SANTILLANA

Salvador que no salva

Ha sido robada en esta villa la iglesia de San Nicolás y San Salvador.

Los cacos escalaron el edificio y se llevaron todas las pesetas que pudieron rebañar, sin ser vistos ni oídos de nadie.

Y los santos, ¿qué hacían mientras los otros robaban? ¿Para cuándo son los milagros si no se realizan en ocasiones como esa?

Tengo ganas de ver á una efigie milagrosa deteniendo á un malhechor en flagrante delito de robo.

Y si eso sucediera siendo yo gobierno, suprimiría de una plumada toda la Policía y toda la Guardia civil.

Pero ¡ay! desconfío de ver eso... Cuando no ha salvado las pesetejas indicadas ni el propio San Salvador!...

LA CONFESION

Lo que de ella opinan grandes escritores

En el confesonario, los sacerdotes, enseñan á las muchachas más picardías que las que todos los mozos de la aldea podrían hacerles.

Los asesinos de los Storza, de los Médici, de los príncipes de Orange, de los reyes de Francia, se preparaban al parricidio por el sacramento de la confesión. Luis XI, la Brinvillers, se confesaban con mucha frecuencia, así como los glotones toman medicinas para poder comer más.

VOLTAIRE

El día en que la Iglesia impuso el celibato á sus sacerdotes creó en la humanidad un género de pasiones extrañas enfermizas é intolerables.

JORGE SAND

La confesión autoriza el crimen por la seguridad de ser absuelto.

SAINT EVREMOND

Por la confesión, llevada á donde se la lleva actualmente, hay que revelar al sacerdote las acciones más íntimas, *aún las del lecho conyugal*.

Basta eso para hacer apreciar la bondad de la institución, y se ha visto más de una vez la sonrisa irónica del confesor pasar del rostro del marido al de la infeliz esposa, que se ruborizaba de su pudor ofendido.

EDGAR MONTEIL

La Edad Media veía en el confesonario una empresa de lavado que permitía ensuciar la ropa tanto más cuanto mayor era la facilidad para limpiarla.

EUGENIO PELLETÁN

Viviendo en el mundo, en medio de la sociedad, los sacerdotes están más expuestos que los religiosos enclaustrados á experimentar las excitaciones y las necesidades carnales como los demás hombres. La intimidad del confesonario especialmente crea para ellos un terrible peligro más.

DOCTOR L. GARNIER

Al pensar en las preguntas que en la confesión se permite el confesor dirigir á los sirvientes sobre la conducta de sus amos, á los niños sobre la conducta de sus padres, se concibe la turbación que de ello debe resultar en la sociedad.

CONDE DE MONTLOSIER

Comparación odiosa

A un carnícero de la isla de Fuhmen, que iba escoltando un cargamento de cerdos en el ferrocarril, se le cayó una cartera llena de billetes de Banco, que los animalitos devoraron en un instante.

El carnícero mandó inmediatamente matar á los puercos, y consiguió extraerles de las tripas los pedazos de los billetes sin digerir.

Si no salieran perjudicados con la comparación los irresponsables cochinos, algo diría yo acerca de otras fortunas devoradas por frailes y beatos. A éstos, aunque les abrieran el vientre, no se les sacaría nada de lo comido.

Sin embargo, si llegara la oportunidad, nada se perdería con ensayarlo.

LOS CONQUISTADORES

Estos personajes tienen poco de común con los militares. No son guerreros, que son enamorados; no conquistan imperios, conquistan corazones.

Los hombres de guerra todo lo sacrifican a la gloria militar; los conquistadores objeto de estas líneas cifran toda su gloria en una cita galante. Si el militar busca laureles, el conquistador prefiere una mirada; si aquél lucha en los campos de batalla, éste combate sin tregua en todos los callejones y está de centinela en todas las esquinas.

Se comprende, sin necesidad de aclaraciones, que no tratamos aquí de los novios sinceros, de los enamorados primerizos, de los amantes bucólicos ni de los pastores de la Arcadia. Los conquistadores no aman los idilios ni el eco de la rústica zampoña: están por lo tenebroso, por lo positivo ó por lo confortable. Nunca están satisfechos: á cada triunfo logrado anhelan añadir un nuevo triunfo; á cada conquista que hacen pretenden agregar nuevas conquistas. Por mucho que tengan, apetecen más, y sólo así se comprende que alternen en su vida los éxitos con los chascos, las victorias discutibles con las palizas ciertas. Las palizas ¡ay! son más frecuentes que justas y merecidas. ¡Cuántos han pagado con sus lomos las conquistas que no han hecho!

Ciertos conquistadores han palpado con sus propias costillas las duras consecuencias de sus blandas intenciones, pero nada más que de sus intenciones. Otros, sin ser apaleados, se ven reducidos á la triste, á la menguada suerte de saborear á solas sus imaginados triunfos. Pero todos ó la mayor parte gozan y triunfan en casinos y cafés, donde esgrimen la lengua con singular donaire, ya que la espada se les enmohece por falta de ejercicio.

El grande Hernán Cortés, conquistador de Méjico, tuvo el percance de «la noche triste»; los conquistadores que rinden culto á Venus tienen más tristes sus noches que los profetas de Marte. Cuando llaman á una puerta y les dan con ella en las narices.

Pero son tenaces, cual conviene á los conquistadores, y se consuelan pronto de los desavíos y de las calabazas. Les basta ver el airoso contoneo de una «Me-negilda», para olvidar al momento los últimos desengaños; la siguen hasta el mercado y hasta el fin del mundo echándole requiebros... y apuntan en sus hojas de servicio una conquista más.

El conquistador se considera feliz cuando va siguiendo á una modista de las que cruzan las calles en cumplimiento de su obligación: la sigue y la persigue, la mira y la remira, da mil vueltas á su alrededor echándole piropos; y aunque la chica sea más arisca y más fea que una gata, la pone en la lista de las conquistas seguras... para cuando tenga tiempo.

Es una mala costumbre la de seguir por las calles á las mujeres de todas condiciones; pero sospechamos que á no pocas mujeres les gusta que las sigan.

Y las seguirán; continuarán los hombres siguiendo á las mujeres hasta que, alcanzada por la humanidad una civilización más acabada, más racional, más perfecta, sean las mujeres las que sigan á los hombres. Si éstos se equivocan tantas veces, aquéllas ciertamente no se

equivocarían; si los hombres á menudo se pasean en balde, las mujeres serían más afortunadas cazadoras.

Los conquistadores callejeros siempre conquistan algo, según ellos dicen. Y es verdad. Cuando no se apoderan de un corazón apasionado, se hacen dueños de una mirada furibunda. Cuando no conquistan bravamente un alma tierna y pudorosa y amable, ganan cuatro desvergüenzas que les lanzan al rostro sin ternura, sin pudor y sin amabilidad. Cuando no les dan una cita, una promesa, una flor, á lo menos les dan un bastonazo en la nuca. Siempre es algo.

Pero las grandes y memorables conquistas son las del conquistador de salones y saraos. Allí se luce como en terreno propio: aquel es el campo de batalla en que gana sin esfuerzo mayor número de cicatrices.

En los salones de buena ó mediana sociedad conquistan glorias y parches y condecoraciones... invisibles, todos los gansos, todas las anguilas y todos los animales que saben hacer el oso.

Que no digan los historiadores del mundo contemporáneo, como lo hacen irreflexivamente, que ya ha pasado la época de los conquistadores. Sucede lo contrario, pues jamás han existido tantos ni tan perseverantes como los de nuestros días. Alejandro, Pirro, Tamerlán, Julio César, Carlo Magno, Almanzor, el Cid Rui Díaz, Juan de Bethencourt, Hernán Cortés, Pizarro, Napoleón y Moltke son criaturas de pecho comparados con los modernos tipos que conquistan valerosamente, ya á la intemperie más desapa-cible, ya en los salones más templados; quíen corazones accesibles y manos diminutas, quíen pulmonías fulminantes; unos miradas de fuego y resfriados húmedos, otros puntapiés y pescociones; éste victorias efímeras, aquél duraderas cataplasmas.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

Para hombres solos

¿Qué ocurrirá en las veladas celebradas por cierto Patronato católico de San Sebastián, donde se representan obras teatrales sólo para hombres?

Recuerdo que aquí, en San Isidro, se reunían hace dos ó tres años (ahora no sé), á las altas horas de la noche, varios individuos de ambos sexos, sin duda para rezar sin molestias y estorbos. Pero no decían para hombres solos ni para señoras solas; estaban todos juntos.

Esto me parece más natural que aquello, aun cuando el resultado bien pudiera ser el mismo: castigar de firme al tercer enemigo del alma, hasta dejarlo más suave que un guante, é imposibilitado por algunas horas para imitar al segundo alzándose en rebeldía, aunque murmurase el primero.

LA INSPIRACION

No hay una sola religión que no pretenda ser revelada. Allí en los tiempos de oscurantismo é ignorancia los hombres parecían estar en frecuente comunicación con el cielo. A medida que el as-

tro de la civilización se fue elevando sobre el horizonte, esas revelaciones fueron escaseando. En nuestros días, y en uno de los pueblos más ilustrados de la tierra, se presentó un hombre diciendo que obraba por inspiración y murió proclamando lo mismo. No obstante, nadie quiso creerle. ¿Por qué creer, pues, á los que se dice que vivieron hace miles de años, no sabiendo si jamás existieron muchos de ellos?

El moderno inspirado fué Carlos Guiteau, asesino de Garfield. Ese hombre sostuvo, sin flaquear un solo momento, desde que fué arrestado hasta que expiró en la horca, que había recibido inspiración del cielo para «suprimir» á Garfield. Su abogado y su hermano político quisieron probar que estaba loco, con el objeto de salvarle la vida. Guiteau era abogado, y sabía bien, como sabe todo el mundo, que probada su locura sería absuelto. No obstante, Guiteau no consintió ni por un momento que se pusieran en tela de juicio su cordura y su inspiración.

Dos veces le hicieron fuego para asesinarle; sabía bien que el pueblo lo des-cuartizaría si lo dejaran llegar hasta él; vi-vió en un continuo sobresalto; entre la sentencia y la ejecución mediaron muchos días; fué llevado á la horca con todos los requisitos que la ley prescribe y no flaqueó ni un solo momento: murió proclamando su inspiración.

¿Ha hecho más algún mártir? Las historias que nos cuentan de los sufrimientos de muchos santos que murieron por defender su fe, no reúnen la décima parte de los motivos de credibilidad que ésta. No obstante, no hubo ni uno solo que creyese en la inspiración de Guiteau. ¿Por qué entonces creer en la de aquellos que vivieron allá en los tiempos de profunda ignorancia, allá cuando la fe era todo y la ilustración apenas existía?

Guiteau no mentía; estaba alucinado. Por lo tanto, lo que pudiéramos llamar su martirio, el sacrificio de su vida, nada prueba en favor de la verdad de su pretendida revelación.

Nosotros no negamos que ha habido algunos en todas las religiones que han dado sus vidas por defender su fe; pero sostenemos que esos sacrificios no prueban que las creencias de aquellos hombres fueran la verdad. A ser así, tendríamos verdades contradictorias; varias religiones verdaderas opuestas las unas á las otras. ¿No se baten á muerte dos hombres por sostener cada uno su sistema político? ¿Diremos que el sistema que cuenta más defensores sacrificados es más verdadero, si tan siquiera mejor que los otros?

El martirio de toda la humanidad no es capaz de hacer que lo falso sea lo verdadero.

R. VEREA

Muestras de mi estilo.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Puñal de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias.—Mi paso por la Cárcel.

TRES PESETAS TOMO



SECCION AMENA

DE GUARDIA

—¡Las cuarenta!
—No puede ser, señor cura, porque yo tengo el caballo de la pinta.

—Bueno, hombre, dispensa; pero algunas trampas se han de hacer en estas noches de guardia. ¡Qué nocheitas de invierno estas! ¡Luego dice el de El Morín! Ya quisiera yo verlo ejerciendo de teniente de sacramentos en noches de turno.

—¡Ya, ya! Ustedes como sacerdotes y yo como humilde sacristán, no tenemos momento de sosiego. Que está uno echando una partidita, como ahora estamos; suena la dichosa campanilla de aviso, y ¡alz! a ponerse la ropa para ir a dar el viático. Que nos acostamos con la mujer...

—Perdona, Cirilo. Tú te acortarás con la tuya; pero yo, como eclesiástico...

—Es un decir. Me refería a que no tenemos un momento de descanso.

—Es verdad. Anoche mismo me lo decía mi ama: «Pero, D. Nicolás, ¿por qué no busca usted una canonía, y se quita de este *aperreo* de la tenencia? Esto de que a lo mejor estamos...» ¿De qué te ríes?

—De nada, señor cura.

—A lo mejor estamos—decía ella—tomando el café o calentándonos a la chimenea, y de repente ¡tilín! ¡tilín!, y en seguida tiene usted que echarse a la calle expuesto a coger una pulmonía.

—Exactamente lo mismo que me decía esa. Siempre está:—Cirilo, abrígate. Cirilo, ten cuidado, porque corren unos vientos helados que son capaces de partir a un caballo. Cirilo... ¡Adios! ¡Dichosa campanillita!

—¿Qué ocurre?—pregunta Cirilo asomándose a la ventana.

—Que lleven la unción a la calle de...

—¡Atiza! ¡En los extramuros!—gruñe el cura bramando de coraje, mientras el sacrista dice al solicitante:

—Llame usted al sereno.

—¿También se dedica a administrar sacramentos?—pregunta el que ha llamado.

—No es eso—responde incomodado el ayudante del cura.—Digo que llame usted al sereno para que nos acompañe hasta que encontremos a otro. En estos tiempos de impiedad no sale el Señor de noche a la calle sin ir acompañado del sereno.

Efectivamente; el feligrés va en busca del sereno, al que encuentra en una de las tabernas que se cierran a última hora.

Llegan ambos a la puerta reservada de la iglesia, y cura y sacrista, que ya están revestidos, se echan a la calle; el primero con el portaviático colgado al cuello por

medio de un cordón, y el segundo con el tradicional farol.

—¡Pobres señores curas!—dice alguna vieja insomne que los ve a través de una vidriera. ¡Por amor a la salvación de las almas salen a la calle en estas crudísimas noches!

Y no sabe la tal vieja que cuando cura y sacrista han cumplido de mala gana su misión, se vuelven refunfuñando:

—¡La tía esa! ¡Lástima que no se hubiera muerto hace doscientos años!

—¡Tan a gusto como estábamos junto al braserito tomando café y echando el vigésimo tutel

J. G.

LA PORTERA

Gordinflona, parlanchina, entrometida, taimada, se la ve constantemente en su cuchitril-farmacia, donde expende a los devotos cien untos y drogas santas que las reverendas madres en el convento preparan. El emplasto de San Cosme eficaz contra almorranas, polvos de Santa Polonia para muelas careadas, el bálsamo de San Gil que los dolores aplaca de los oídos, y cura a los sordos como tapias. También ejerce el comercio de escapularios, estampas, novenas, trisagios, gozos, cruces, rosarios, medallas. En fin, que es una industria activa y aprovechada que convierte en una mina aquella sucia covacha, sin que la Hacienda jamás le haga pagar una blanca, ni inspectores farmacéuticos pongan a su industria trabas. Y así vive santamente y está rolliza y lozana, siendo a la vez que portera, trapería de cosas santas.

De buen componer

Casáronse dos baturros, y, como transcurrido largo tiempo desde la boda no tuvieran familia, el marido propinaba a la mujer cada paliza que la encendía el pelo.

Algún tiempo después presentó ella evidentes señales de maternidad, y acabó por dar a luz un hermoso niño.

—Mira—dijo a su esposo poco después del alumbramiento,—perdóname; pero como estábamos así, le dije al señor cura

que si podría remediar nuestra desgracia, y se prestó a ello mediante unas misas que le pagué. De modo que el niño es suyo.

—¿Qué es suyo? ¡Otra que Dios! ¿No se lo has pagao? Pues entonces, es nuestro, y muy nuestro.

Llevaban a ahorcar a un gitano, y el berrendo que le iba sermoneando no cesaba de decirle:

—Dichoso tú, hijo mío, que dentro de un instante irás al cielo a gozar entre los bienaventurados.

A lo que respondió el cañí, harto ya de la misma retahíla:

—Pues misté, paíre; si quíe osté pescar esa breva, no tiene más que ocupar mi puesto que yo me resignaré a vivir en este pícaro mundo.

Factura curiosa

Benito Trouillos, pintor decorador, trabajó durante algún tiempo en la iglesia del monasterio de G...

Cuando hubo terminado, presentó al cobro una factura que ascendía a 58 florines y 16 sueldos. El superior del monasterio, encontrándola exagerada, le pidió una nueva factura detallada, y presentó al momento la que va a continuación:

Fs.-Sueldos.

1. Lavar la cara a Poncio Pilatos y ponerle una cinta nueva en el turbante.	8,18
2. Clavar al buen ladrón en la cruz y cambiarle un dedo.	1,17
3. Poner una cola nueva al gallo de San Pedro y arreglarle la cresta.	2,03
4. Componer y dorar el ala izquierda del ángel Gabriel.	14,18
5. Lavar la cara a la sirvienta de Caifás y ponerle colorrete en las mejillas...	5,12
6. Renovar el cielo, añadirle dos estrellas, limpiar la luna y dorar el sol.	7,14
7. Reavivar las llamas del purgatorio y restaurar algunas ánimas...	7,06
8. Zurcir el vestido de Herodes, cambiarle dos dientes y arreglar la peluca...	2,02
9. Reavivar el fuego del infierno, cambiar la cola al demonio, enderezarle el cuerno izquierdo y hacer varias cosas a los condenados.	4,10
10. Limpiar las orejas al asno de Balaam y herrarlo...	3,07
11. Apedazar la camisa del hijo pródigo, lavar los puercos y poner agua en los abrevaderos...	3,04
12. Poner un asa nueva al cántaro de la Samaritana.	1,05
TOTAL.	58,16

El superior del monasterio se desternilló de risa, y pagó la factura.



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

En una carta que corrió por la prensa en Noviembre del 73, hallamos los datos siguientes sobre los dos:

«En la corrida de novillos que tuvieron en Estella el 4 de Noviembre para celebrar los días de su rey, fué cogido por uno de los bichos el cabecilla Rosa, el hombre más abominable que ha producido el género humano y á quien D. Carlos utiliza para sus venganzas, al par que le distingue y obsequia.

Cuéntanse hechos atroces de este miserable que ha dejado en mantillas al cura Santa Cruz y á su guardia negra.

Cuántas personas han estado en Estella desde que la ocupaban los carlistas, saben que Rosa Samaniego es el encargado de quitar de en medio á los infelices que tienen la desgracia de caer en el desagrado del Pretendiente ó de los fanáticos partidarios del absolutismo, pero de la manera más trágica que se ha visto jamás.

Por la cosa más insignificante, por el más leve indicio de que pueda entenderse con los enemigos, la persona que es delatada cae bajo la jurisdicción de ese malvado, que al punto se encarga de ella, y atándola de pies y manos la asesina á puñaladas, gozando muchas veces en martirizarla bárbaramente.

Creyendo que este medio no daba todavía buen resultado, adoptó otro, el que sigue á vista y paciencia y aquiescencia de todos los carlistas habidos y por haber.

Hay cerca de Estella una sima llamada de Igúzquiza, y allí conduce Rosa con su gente á los infelices que son delatados, ó que se le señalan por cualquier personaje que quiere satisfacer una venganza; y poniéndolos al borde de aquel precipicio, los entretiene con chanzonetas terribles, y cuando están descuidados les da un empujón y caen en el abismo.

Entre las infinitas personas que han sido asasinadas de esta manera infame, figura una joven de diez y ocho años, acusada de haber llevado tiempo hacía un parte á las tropas liberales.

Teiendo yo mis dudas de que estos actos tan horribles fueran ciertos, por más que los había oído á personas respetables dignas de crédito, pregunté á un joven de Bernedo (Alava) que se habían llevado por fuerza los carlistas agregándole al tercer batallón alavés que manda un tal Montoya y que al fin pudo fugarse, cuyo joven me dijo: «Puedo asegurar á usted que todo es cierto, y que yo mismo he visto tirar á un pobre hombre que iba vendiendo tabaco, por que le acumulaban que era un espía, al que le preguntó Rosa: «¿Tú sabes jugar al mus?», y al

contestar temblando «si señor, algo», replicóle empujándole á la sima: «Pues ahí abajo encontrarás quien juegue contigo.»

Los que conocen los antecedentes de este bandido, digno partidario de tan aborrecida causa, no extrañan sus crímenes, porque toda su vida ha sido lo mismo. Habiendo estado en presidio, iba á ser sentenciado de nuevo, pero pudo escapar y hacerse jefe de una partida, siendo muy considerado en la actualidad entre los carlistas.

Puedo asegurarle á usted que en la corte del Pretendiente pasan cosas tan criminalmente originales como en la Corte de los Milagros que nos describe Victor Hugo.»

Pirala, que en su historia de la segunda guerra no juzga á los hombres del carlismo con la merecida dureza que á los de la primera, dice hablando de Rosa:

«Mandaba de 40 á 50 hombres, y se le comisionaba siempre que había que hacer una atrocidad.

Falto Rosa de instrucción y talento, y sin haber tenido aún ocasiones de acreditar su valor, había prestado al principio buenos servicios á la causa carlista deteniendo á los confidentes enemigos, para lo que tenía rara habilidad, tratándolos con rigor implacable, y cometiendo con ellos actos de horrible crueldad que él consideraba como de justicia.

No podemos detenernos en este triste personaje, y aunque no consignamos cuanto en su contra se ha dicho, con evidente exageración (y plegue al cielo pudiéramos probar, en obsequio á la humanidad, que eran falsos cuantos crímenes se le han atribuido y exagerado el número de sus víctimas!) no debemos omitir, por ser documento oficial, el extracto de las diligencias instruidas para averiguar los crímenes por Rosa cometidos. Podrán adolecer de defectos, pero nada como ellos hasta ahora más aproximado á la verdad, ó que merezca mayor crédito por su carácter oficial y la naturaleza de muchos de sus declarantes. (Se refiere al extracto del proceso á que en otro lugar aludo.) Después añade:

«Nos dice un amigo nuestro, distinguido coronel carlista, lo siguiente:

«Cuentan que tenía una sima en la que arrojaba vivos á sus prisioneros, y hacen subir á un número fabuloso el de los arrojados; creo que hay exageración en esto; pero la existencia de la sima y que ha lanzado algunos en ella, es una verdad que yo averigüé interrogando al cura de Murillo (valle de Yerri), que hoy es capellán de artillería y antes lo fué de su partida, y me dijo que era cierto: que se habían arrojado muchos á la sima, pero que todos lo merecían: que él los había confesado antes y sabía lo que habían

hecho. Es necesario tener en cuenta que el capellán y el partidario son dos tipos que se parecen mucho.»

DESCRIPCIÓN DE LA SIMA

Pirala le consagra estos renglones:

«Hemos visitado la sima de Igúzquiza, á unos cinco kilómetros de Estella, y aún prescindiendo de la prevención con que se la mira, ella en sí es repulsiva.

Habiendo unos 240 metros desde la embocadura hasta llegar al agua; el que á la sima se arroja no puede caer perpendicular por la multitud de peñascos salientes de las paredes, verdosos, húmedos, escurridizos, en los que la víctima no puede encontrar un asidero, sino un tormento á su agonía, porque sin el tiempo suficiente para concebir una esperanza de salvación, no bien empieza á vislumbrarla, cuando se escurre rápidamente á otro peñasco á vislumbrar otra esperanza y ver una triste realidad, experimentando una agonía horrible, una muerte feroz, inhumana.»

Completaré el cuadro con otra descripción más detallada de aquella tumba de tantos mártires:

«La célebre sima se halla como á unos diez minutos de marcha del pueblo de Igúzquiza, de unos cuarenta vecinos, cerca del cruce de las carreteras que desde Logroño y Vitoria conducen á Estella. La boca de la sima mira á las Amescuas y está en terreno elevado al pie de una altura que tiene al Norte en medio de un desprendimiento de tierras. La entrada por el Este es suave y se llega fácilmente al borde, lo mismo á pie que á caballo, por dos pequeñas rampas.

La boca tiene una abertura de cinco metros de longitud por tres de latitud. En uno de los bordes existe un roble, no grueso, inclinado sobre el abismo, y á cuyas ramas, así como á la maleza que crece al pie, se asían algunos desgraciados para no caer en las profundidades de la sima, adonde eran al fin precipitados por los sicarios del bandido Rosa, lanzando sobre ellos gruesas piedras.

Cuando se arroja un cuerpo pesado por la boca, obsérvase que á unos cien metros de profundidad choca en una meseta resbaladiza, donde salta, y luego se oye un segundo ruido lúgubre producido por agua, y varios ecos, que parecen decir: «hermanos, dejadnos tranquilos, pero rogad por nosotros.»

Aunque se creyó que terminada la guerra el gobierno mandaría explorar aquella catacumba donde están sepultados más de 400 víctimas del sicario defensor de la religión, no se ha hecho.

La sima apenas era conocida más que por los habitantes de los pueblos próxi-

(Continuará.)

(FOLLETON 38.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

FOR
OFFENBACH

Castilla y más particularmente del antiguo reino de León. En otras son moros los que le parece á uno estar viendo labrar aquellos campos, y las hay, como Cataluña, en que la principal singularidad, quizás la única, es lo que aquellos naturales llaman «barretina», y que consiste en un saco largo del ancho de la cabeza, en la cual se lo ponen para cubrirla, enrollando sobre ella lo que sobra. Por el color, que es rojo ó morado, y por la forma en que queda el saco después de enrollado, este gorro, visto de lejos, hace recordar al llamado frigio ú otro de los orientales antiguamente usados en el Mediterráneo; pero, visto de cerca, es una de las cosas menos agradadas y más absurdas en que el hombre se ha metido de cabeza.

El traje regional no lo usa más que el pueblo y, sobre todo, como dejamos indicado, el del campo; y jamás se verá á ninguno de esos ciudadanos que más excitan y soliviantan en cada región el ánimo de los naturales de ella, vestir de gallego, asturiano, valenciano, ó lo que sea. ¡Y eso que en ningún caso tendría, como los escoceses, que enseñar las piernas!

Hemos de observar á este propósito que tampoco los regionalistas gallegos bailan la muñeira, ni los catalanes la sardana, ni ninguno, en fin, de región ninguna guarda ó sigue las costumbres, ni tiene las calidades que realmente diferencian y distinguen de los demás á los naturales de cada una.

Solamente los más fieros catalanistas suelen encasquetarse teatralmente en ciertas ocasiones una enorme barretina que, llena de meollo, haría de aquellas cabezas las más inteligentes y capaces del orbe. Pero no llegan á poner en ella más que flores y yerbas provenzales.

Los señores del reino tampoco usan, ni por excepción, ningún traje regional, como no sea el andaluz, que es con el que suelen disfrazarse cuando llega la ocasión de alguna mascarada, ó bien de una tienta (de novillos), cacería ó partida de campo cualquiera. Y sobre la indumentaria de esos señores, materia principal de este capítulo, diremos que el autor, ó mejor dicho, compilador de esta historia hallábase una vez presenciando, en

compañía de su grande amigo el periodista español, una ceremonia palatina, cuando vió un personaje de solemne aspecto que llevaba una casaca bordada, cuajada de ojos.

—¿Es ese el oculista de la casa real?—preguntó á su amigo.

—No—contestó el periodista.—Ese es el presidente del Consejo de Ministros, el jefe del gobierno. Todos los ministros llevan ese uniforme.

—¡Ah!—dijo el autor entonces.—Ya lo comprendo. Eso quiere decir que los gobernantes son unos Argos.

—¡Cál!—replicó nuestro amigo sonriéndose.—Eso sería así en su país de usted; pero aquí, en la monarquía española, todos esos ojos van diciendo: «el que más mira menos ve, el que más mira menos ve...»

Bajo la casaca llena de ojos los ministros llevan, también bordado, un gran chaleco. Todos los señores del reino tienen mucha afición á los chalecos. Estos en la monarquía española alcanzan señalada consideración é importancia. Los de un ministro del tiempo de Isabel II fueron famosos é hicieron famoso al Sr. Orovio, que así se llamaba aquel ministro. Tales eran la variedad, esplendor y magnitud de los que usaba.

Esta última condición, la del tamaño, es tan apreciada, sobre todo por las autoridades y funcionarios públicos, que su falta suele originar hasta tragedias. Así, por ejemplo, el lector recordará que fué compañero y víctima del célebre Pizarro otro conquistador cuyo nombre de pila era Diego y á quien el del pueblo en que nació servía de apellido. Pues bien, un corregidor (alcalde) de Almagro (así se llamaban el pueblo y el conquistador), murió de pena porque á un amigo suyo le habían sacado el chaleco un poco corto.

Tal afición á los chalecos pudiera explicar bien la aceptación que entre los señores del reino, más aún que entre los otros españoles, tuvo aquella piececita de teatro de que hemos hablado al final del capítulo 1.º, pues no sólo se titulaba *El chaleco blanco*, título, por lo que venimos diciendo, sugestivo, sino que efectivamente en la obra había una de estas prendas de vestir casi tanto papel como la otra más íntima ó interior de que también hablamos entonces.

Pero el chaleco que últimamente se ha hecho el más famoso de la monarquía, chaleco trágico, casi tan trágico como el del amigo del corregidor de Almagro, fué el que, atravesado de parte á parte por un puñal asesino, pereció abrigando y defendiendo el

pecho del Sr. Maura en ocasión en que éste, siendo jefe del gobierno, fué objeto de un atentado en Barcelona. Aquel chaleco eminentemente gubernamental, haciendo de coraza, salvó ó contribuyó á salvar la vida al Sr. Maura; y por esto el Sr. Maura se lo puso ó dedicó á la Virgen de la Merced, á la puerta de cuyo templo había tenido lugar el atentado.

Además de casacas y chalecos existe en la monarquía española otra prenda de vestir interesante: el sombrero de los caballeros cubiertos. Porque ha de saberse que en España hay caballeros cubiertos.

—¡Donosa noticia!—dirá el lector alemán.—También aquí los hay.

—Sí, es verdad—diremos nosotros.—Aquí y en todas partes, do quier que haya hombres, unos serán caballeros cubiertos y otros descubiertos. Pero la gracia y novedad están en que en la monarquía española los caballeros cubiertos se muestran satisfechos y orgullosos de serlo hasta delante del mismo rey, y constituyen la primera nobleza, la más alta aristocracia del país; son, en fin, «grandes de España.» Y estos grandes, en ciertas solemnidades palatinas, llevan además del sombrero para su propio uso las prendas ó utensilios que para el del rey, príncipe ó persona real requiera el acto de que se trate. Así, el fin de la relación, que un diario cortesano hacía, del bautizo, recientemente efectuado de una princesita, relación que nuestro amigo el periodista nos leyó con noble fruición dinástica, podrá servir para ilustrar el caso. Dice de este modo:

«Las insignias del Sacramento las llevaron los grandes siguientes: Duque de las Torres, el algodón y el salero; marqués de Quirós, el capilí; marqués de Quintanar, el agua-manil; conde de Superunda, el jarro; duque de Gor, la toalla; conde de Heredia Spinola, la vela, y el marqués de Santa Cristina...»

—¡Bueno, bueno!—interrumpimos nosotros á este punto.—No siga usted. Ya puede uno figurarse lo que llevaría el marqués.

—Pues está usted engañado, amigo mío,—nos dijo el periodista.—No puede usted figurárselo. Porque lo que el citado marqués llevaba era el mazapán.

—Tiene usted mucha razón—le replicamos.—Pero como en Alemania no nos bautizamos, aparte de la sal, más que con agua, mal podía este cura (así suelen decir los españoles para